

FERNANDEZ

INCÓGNITA

CLARK CARRADOS

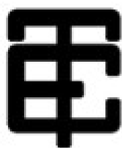
Incógnita

Colección ESPACIO

Incógnita

POR

Clark Carrados



EDICIONES TORAY, S. A.
Arnaldo de Oms, 51-53
BARCELONA

© EDICIONES TORAY, S. A. - 1960

Depósito legal: B. 1437 - 1960

Registro núm. 535 - 60

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Impreso por ED. TORAY, S. A. - Arnaldo de Oms, 51-53 - Barcelona



CAPÍTULO PRIMERO



STA es la verdadera relación de los hechos que acaecieron durante la expedición al planeta Júpiter, de la astronave "Casiopea", bajo el mando del capitán Dennis OFlagherty.

* * *

Así comenzaba lo escrito en aquel librito de tapas de piel negra. Y lo que a continuación se transcribe no es sino una copia fiel de las palabras del capitán OFlagherty.

Puedo hacerlo ahora —dar sus memorias a la luz pública—, puesto que,

además de que tengo su autorización verbal, que tiene para mí la misma fuerza de un documento protocolizado ante notario, lo más posible es que no venga nunca más por nuestro planeta. Dennis está ahora ausente, con toda seguridad para siempre y ya no le volveremos a ver más en nuestro mundo. Él está ahora en otro infinitamente mejor y gozando de una felicidad como seguramente no hubiera podido alcanzar en este viejo y detestable globo.

¿Quiere esto decir que ha muerto? No, en absoluto, salvo accidentes imprevisibles. Pero no lo creo; él se halla ahora en... Bueno, creo que lo mejor será empezar por el principio. Cuando el mundo, como una lógica consecuencia de la falta absoluta de noticias, creyó perdida a la «Casiopea».

Los técnicos estimaron que, si bien había podido aterrizar sobre la helada superficie de Júpiter, que tal era su destino, no había podido, en cambio, despegar. Pese a todos los cálculos, se reputaba imposible que la astronave hubiera podido alcanzar, por medios corrientes, los 60 kilómetros por segundo que son necesarios allí para alcanzar la velocidad de escape, muy superior a la de la Tierra que, como se sabe, es de 11,2. Debía haber habido algún fallo en el mecanismo de la nave y ésta se hallaba ahora allí, anclada para siempre en algún témpano de hidrógeno o amoníaco helado, retenida por la poderosa gravedad del planeta gigante del sistema, que alcanza un valor superior en dos veces y media a la gravedad terrestre.

Yo lo sentí infinito. Dennis había sido mi mejor amigo y lamentaba enormemente lo que le había sucedido. No debía haber sido una muerte agradable la suya y la de sus compañeros de expedición. Muertos por falta de aire, helados en las bajísimas temperaturas que allí reinan, asfixiados por el amoníaco o, lo que parecía más probable de todo, aplastados por la misma fuerza de gravedad de Júpiter, al fallarles los aparatos antigravitatorios. Un hombre forzudo, como lo era mi amigo, podía soportar sobre sus anchos hombros un peso de cien e incluso ciento cincuenta kilos, pero, si consideramos qué él bordeaba los noventa, pensar que se pudieran soportar indefinidamente doscientos cuarenta kilogramos, que es lo que él hubiera pesado en la superficie de aquel planeta, era demasiado optimismo.

Por ello puede comprenderse fácilmente la expectación que levantó su inesperada vuelta, al cabo de dos años de habérsele considerado —y a sus compañeros también— como oficialmente muertos. La cosa no hubiera pasado de ahí: expectación, entrevistas a millares, exclusivas pagadas a peso de oro y su imagen repetida por todas partes hasta la saciedad, de no haber surgido un malaventurado suspicaz que tuvo la «buena» idea de acusarle de haber abandonado a su tripulación deliberadamente en Júpiter para poder regresar él a la Tierra sano y salvo.

Toda la gloria de que había disfrutado se convirtió inmediatamente en lo contrario: indignidad y oprobio mundiales. La opinión exigió una investigación que esclareciera los motivos por los cuales había vuelto solo a la

Tierra y, a partir de aquel momento, nadie quiso creer que toda la tripulación de la «Casiopea» hubiera muerto en un accidente sufrido en la superficie de Júpiter. No faltó quien, incluso, hasta le acusó de canibalismo. «Alguno —sostenía el gracioso—, debió quedarse de guardia en la astronave. Éste y el capitán emprendieron el viaje de vuelta a la Tierra y, en el camino, faltos de víveres...»

¡Bueno! Aquello era más ya, francamente, de lo que uno puede soportar. Me harté de escribir cartas a los diarios, sosteniendo la tesis contraria, pero, en virtud de la «sagrada libertad» de prensa, no hubo ni un solo periódico que quisiera publicar mis apasionados mensajes de defensa, basados más que nada en la amistad que sostenía con OFlagherty. Y a última hora, cuando se anunció que la investigación pública iba a comenzar, la tensión existente contra Dennis era tal, que empecé a temer por el resultado del veredicto final.

Por eso no me extrañó verle penetrar en mi casa la víspera del comienzo de la primera sesión del juicio. No le había visto desde mucho antes de su partida para Júpiter, pero Dennis tiene una figura de las que no se olvidan fácilmente.

Alto, hercúleo, parece un individuo físicamente torpe y pesado, pero cuando se mueve lo hace con la rapidez y el silencio de una víbora que ataca. Y suele ser mucho peor que ésta, además.

Lo único que me extrañó fue la barba que se había dejado, pero cuando pensé en que su imagen se había repetido billones de veces y que era más conocido que el Presidente y que Alma Bracken, el nuevo descubrimiento cinematográfico, comprendí perfectamente que hubiese tratado de disimular sus facciones bajo una espesa capa de un hirsuto vello rojizo, qué le daba el aspecto de un auténtico vikingo.

Volvamos al relato.

Tras los primeros saludos, se bebió de un golpe la copa que le ofrecía. Llenó otra, la vació a medias y luego prendió un cigarrillo.

Me miró fijamente con ojos llameantes. Estuvo así durante unos segundos y luego dijo:

—Tal vez te estés preguntando por qué he venido a verte ahora, cuando para todo el mundo soy una bestia dañina, a la que hay que exterminar no importa por qué medio, en lugar de hacerlo un mes antes, cuando, sin ánimo de pecar de inmodesto, era el héroe mundial Número Uno, ¿no es así?

Sacudí lentamente la cabeza.

—Los amigos estamos para algo, Dennis. De lo contrario, no valdría la pena ostentar ese título, ¿no te parece?

Una leve sonrisa brilló a través de su espesa barba. Con la mano derecha,

haciendo un gesto completamente maquinal, acarició una especie de medallón de rara factura que le pendía del cuello por un fina cadena que parecía no incrustada con diamantes, sino hecha de estas piedras preciosas, sin que se advirtiera en la misma solución alguna de continuidad. La cadena daba la sensación de ser un solo diamante largo y flexible y brillaba de un modo realmente singular.

En cuanto al medallón, era de forma circular, de unos doce centímetros de diámetro y su tapa parecía hecha del mismo material que la cadena, lisa y sin dibujos. Su grueso lo calculé en unos tres centímetros y, a primera vista, parecía macizo.

Comprendió que me intrigaba el medallón y, sonriendo, pasó la cadena por encima de la cabeza y me lo alargó. Cogí el objeto casi con reverencia y lo examiné profundamente intrigado.

Era muy liviano, pero al mismo tiempo daba sensación de peso. Todo él despedía unos reflejos rutilantes que le conferían un aspecto realmente encantador. Era una joya nunca vista y por la cual, estoy seguro, las elegantes con posibilidades económicas hubieran ofrecido verdaderas fortunas.

Pero al mismo tiempo sabía que aquel medallón significaba algo para mi amigo y que no lo vendería jamás, fuese cual fuese la cantidad que se le ofreciera. Y pronto tuve ocasión de confirmar mi creencia.

—Ábrelo — dijo, adivinando mi irrefrenable curiosidad.

No pude conseguirlo, por más que lo intenté. Entonces, él, tomándolo por la parte donde se unía a la cadena, hizo girar un cuarto de vuelta a la anilla y al instante pude percibir un suave chasquido.

La tapa se levantó, dejando ver el contenido del medallón. Inmediatamente exhalé una exclamación de sorpresa.

Dentro del medallón había el retrato de una mujer. Una auténtica belleza, a pesar de que sólo se le veía el rostro, en cuyas delicadas facciones vagaba una suave sonrisa. Era de una hermosura singular y, aunque claramente se veía que era tan humana como cualquiera de nosotros, en el acto se adivinaba que aquella mujer no había nacido en la Tierra.

Calculé su edad en unos veintidós años como máximo. Los colores del retrato eran de una naturalidad pasmosa y reproducían fielmente los del original, en especial el escarlata de los labios y —cosa rara— el azul celeste de los cabellos.

—Muy guapa — dije, devolviendo el medallón a su dueño—, pero muy caprichosa también. ¡Mira que teñirse el pelo de azul!

Dennis cerró el medallón y se lo colgó nuevamente del cuello. Bebió el licor que quedaba en su copa y dijo:

—No es teñido, sino natural. En Júpiter todas las mujeres tienen el pelo azul, aunque, naturalmente, en distintos tonos, desde un color muy claro que parece casi blanquecino al oscuro que es casi negro. Shayra lo tiene igual que el cielo terrestre.

—¿Shayra?

—¡Ajá! Así se llama... —y de repente se interrumpió, porque yo me había puesto en pie y le miraba con ojos desorbitados por el espanto.

—¿Qué te pasa, Clark? —me preguntó—. ¿Te sientes mal?

Señalé el medallón con un índice que parecía bailar un mambo.

—Has... has dicho —tragué saliva— mu... mujeres en... en Júpiter, Dennis.

—Pues claro que sí. Y hombres también, Clark. Pero siéntate; he venido a hablarte de ello. Vamos, deja ya de temblar como un flan encima de una perforadora neumática y sirve otra copa de ese excelente coñac español que guardas para las ocasiones que lo merecen.

Lo miré de soslayo, en tanto buscaba a tientas la botella del licor. Cuando la incliné sobre mi copa, hubo un repiqueteo de cristal contra cristal, debido al temblor de mi mano que todavía no había cesado del todo.

Dennis me arrebató la botella.

—Trae acá, la vas a romper — gruñó—. Y sentiría mucho que se desperdiciase un coñac tan bueno como este.

El alcohol me devolvió parte de la serenidad perdida.

—Dennis, has dicho que hay mujeres en Júpiter.

—Sí. Y hombres también, y niños, ¿qué te creías?

Sacudí la cabeza, como si tratase de alejar las brumas que la cubrían.

—No lo comprendo — murmuré—. Un planeta tan inhóspito, con temperaturas exteriores que alcanzan ciento setenta bajo cero...

—Es que ellos no viven en la superficie, sino debajo de ella, Clark.

—¿Trogloditas? — me aventuré a señalar.

—Sí, si lo miramos desde un punto de vista terrestre. En realidad, yo no los llamaría así.

—Pero...

—No hemos venido a hablar de Shayra sino de mí — dijo, cambiando de tema con aparente incongruencia.

—Y de lo que te sucede — dije.

Se puso en pie y empezó a pasearse nerviosamente por la habitación.

—Eso es. Clark, ¿has creído tú alguna vez que yo pudiera matar a todos los tripulantes de la «Casiopea» con tal de salvarme yo solo?

—No, por supuesto; y todo lo que he oído, visto y leído hasta ahora, me parece un cúmulo solemne de estupideces, por no calificarlas de otra cosa.

—Así es. Pero...

Yo estaba sentado en mi sillón, teniendo a la derecha la chimenea, en la cual brillaba un magnífico fuego de troncos. Dennis se hallaba en pie, frente a mí, en una actitud como pocas veces le había visto en nuestra vida: inquieto y desasosegado. Diríase que presentía algo que iba a suceder sin tardar mucho.

—Quieren acusarme de algo que no he cometido ni en sueños. No sé por qué; seguramente es que el público es una fiera que constantemente está necesitando carnaza para su insaciable digestión y hay que servírsela del modo que sea. ¡El primer hombre que ha puesto pie en Júpiter y vuelto a la Tierra y me tratan así! —clamó frenético.

—Cálmate, Dennis. Con gritos nunca se resuelve nada práctico. ¿Por qué no te sientas y me cuentas con todo detalle lo que te sucedió?

Gruñó algo entre dientes y al fin, con un movimiento brusco, sacó un objeto de su bolsillo, arrojándomelo en el regazo.

Lo tomé, mirándolo con curiosidad. Era una libreta de piel, de unos quince por veintidós centímetros, de color negro, en cuyo interior podían verse todas sus páginas cubiertas de palabras escritas con la letra menuda y apretada, característica de mi amigo.

—Esto ¿qué es? — pregunté.

—Algo que podrá responderte por mí mejor que yo lo hubiera hecho en persona.

—Parece un diario — comenté negligentemente.

—Lo es.

—El relato de tus aventuras, supongo.

—Aciertas, Clark. Ahí está escrito todo puntualmente. Es decir, desde que avistamos Júpiter desde su satélite más cercano, el número cinco, hasta que hube emprendido el regreso. Esa libreta te lo dirá todo mejor que yo pudiera hacerlo.

—Parece que escribiste bastante.

—Tuve tiempo sobrado para hacerlo en el viaje de vuelta. La verdad, Clark — dijo con el ceño fruncido—, si no lo hubiera hecho, creo que me habría vuelto loco. Viajar durante meses en una astronave es cosa que

predispone a la claustrofobia al hombre de nervios más templados, aun haciéndolo como en el viaje de ida, acompañado por cerca de cien tripulantes; pero volver solo, absolutamente solo, como hice yo... Te recomiendo que no pases nunca por esa experiencia. A última hora ya le hablaba a mi sombra.

—Lo creo — murmuré pensativo; después de lo cual, guardamos silencio durante unos momentos.

Un minuto más tarde pregunté:

—¿Qué piensas hacer, Dennis?

—¿Cuándo?

—Pues, cuando haya terminado el... ¡ejem...!, la investigación.

Sus ojos centellearon.

—¡Volver a Júpiter! —respondió, con la firmeza y el acento de un iluminado.

Estuve a punto de saltar en mi asiento.

Afortunadamente, supe contenerme a tiempo. Pero él adivinó mis pensamientos.

—Sí — gruñó—; no me mires así. Pueden pensar de mí lo que quieran, pero no tienen pruebas que me acusen. Buscaré dinero, lo robaré, haré lo que sea; pero, al fin, conseguiré alistar otra nave que me lleve a Júpiter.

—¿A Júpiter? ¿Y crees que, con la fama de que disfrutas, conseguirás obtener otra tripulación, Dennis?

—Iré yo solo, aun corriendo el riesgo de volverme loco en el camino.

—Recuerda que allí murieron todos tus compañeros.

—No me importa — replicó obstinadamente.

—Pero es que, entonces, tú también puedes morir. No sé qué empeño tienes para suicidarte de esa manera, porque lo que pretendes, lisa y llanamente, es eso: un suicidio.

Se quedó pensativo unos momentos.

—Posiblemente tengas razón. Tuve que huir de allí y salvé mi vida milagrosamente.

Guardó silencio.

De pronto lanzó un gran grito.

—¡Ocurra lo que ocurra, volveré a Júpiter! —Su mano asió el medallón con nerviosos gestos y lo alargó hacia mí, sin quitárselo del cuello—. ¡Shayra está allí! ¡Iré aunque sólo sea para verla un segundo antes de morir!

—Dennis — dije, tratando de hacerle entrar en razón—, te conviene una larga temporada de descanso en algún lugar apartado del ruido. Además, no hay mujer por la cual uno pueda hacer el sacrificio de su propia vida.

—Shayra, sí — insistió tercamente—; y he de verla antes de...

Mi amigo se interrumpió súbitamente. Todo su cuerpo empezó a temblar como si estuviera hecho de gelatina.

Un extraño ruido acababa de romper la quietud del ambiente. Mi perro, hasta entonces adormilado frente al fuego, levantó la cabeza y atiesó las orejas.

Una oleada de ondas musicales, suaves y armoniosas, invadió la estancia.

El sudor corrió a chorros por la frente de Dennis.

¿Qué estaba sucediendo? ¿De dónde salía aquella extraña música, si yo no tenía en aquellos instantes ningún receptor en funcionamiento?

—¡Clark! — gritó Dennis—. ¡Son ellos! ¡Están aquí!

—¿Ellos? — repetí extrañadísimo.

—Sí, los elyanos... Los habitantes de Júpiter.

—¿Los...? Vamos, Dennis, tú estás de broma.

Me cogió nerviosamente por un brazo.

—Te juro que no, Clark. Igual se anunciaban cuando...

Su rostro palideció hasta adquirir la lividez de un difunto.

—¿Y si vinieran a matarme?

—¡Diablos! Eso parece muy fuerte — rezongué. Disimuladamente, busqué con la vista una pistola que tenía tras un cuadro que había en la repisa de la chimenea.

La música intensificó su volumen. Dennis estaba aterrado, tanto como nunca le había visto en mi vida, y cuento que es un hombre de nervios de acero.

Pero en aquellos momentos no podía contener el tembleque de sus piernas. Mirando con ojos de loco hacia la puerta, retrocedió dos o tres pasos.

Por lo que pudiera acontecer, rastrillé el cerrojo de la pistola, guardándola luego de modo que no se hiciera muy visible, pero que pudiera utilizarla en el momento que me conviniera.

La música cesó tan súbitamente como había comenzado a oírse. El silencio invadió la estancia.

Pero por poco tiempo.

¡Ya están ahí! — dijo Dennis con voz sorda al oír unos pasos lentos, acompasados, que se acercaban paulatinamente a la puerta.

Los dos miramos hacia aquel punto. El ruido de los pasos se acentuó.

Para no ser cogido en desventaja, levanté la mano armada. En aquel instante, la puerta se abrió bruscamente y dos siluetas humanas se dibujaron en el vano, recortándose claramente sus brillante trajes contra la oscuridad de la noche.

CAPÍTULO II


STÁBAMOS en el quinto satélite de Júpiter, a una distancia de unos 180 mil kilómetros, «anclados» por varios cables al mismo, que, por una singular ilusión óptica, más parecían cables de amarre de un dirigible.

En efecto, la «Casiopea» no había aterrizado, valga la palabra, sobre el rocoso e irregular suelo del satélite, sino que había quedado flotando sobre el mismo a una distancia de unos quince o veinte metros. El quinto satélite tiene un diámetro medio de unos ciento cincuenta kilómetros y parece un colosal amontonamiento de pedruscos, unidos al azar en el espacio. Su gravedad es tan baja, que prácticamente puede considerarse como no existente y en las pocas veces que pusimos pie en su superficie, habíamos de andarnos con infinito cuidado. En efecto, bastaba dar un paso con algo más fuerza que la ordinaria para elevarse una docena de metros y si uno se descuidaba un poco, podía verse proyectado al espacio sin posibilidad alguna de retornar al satélite.

Por la misma razón, al finalizar la penúltima etapa de nuestro viaje al planeta, nos habíamos detenido en el satélite más cercano a aquél. Es el quinto en orden de los once descubiertos y, salvo los cuatro primeros cuyos nombres mitológicos están íntimamente relacionados con la historia del padre de los dioses — Io, Ganímedes, Europa y Calisto, por este orden de descubrimiento —, todos los demás no tienen nombre, reduciéndose su denominación a un simple guarismo. La «Casiopea» había frenado allí, no porque no pudiera llegar directamente basta la superficie de Júpiter, sino porque, antes de dar dicho paso definitivo, debíamos hacer numerosos trabajos que nos permitieran realizar nuestro empeño con el máximo de seguridades.

Nadie, en efecto, hasta entonces, había puesto el pie en Júpiter. Es imposible hacerlo sin algo que contrarreste la feroz gravedad de su superficie. Por un tiempo se había pensado en una especie de transportadores individuales, a base de reactores químicos, pero esto sólo hubiera concedido un tiempo mínimo de estancia sobre el planeta; y a nosotros, y a todo el mundo en general, lo que nos interesaba era que se pudiera permanecer allí el máximo de tiempo posible.

Entonces fue cuando se descubrieron los generadores antigravedad, cuyo

proceso sería largo y farragoso de explicar, además de que no tiene cabida en la presente historia, y ello hizo factible la expedición. Ya hacía tiempo poseíamos pilas atómicas individuales de reducidísimo tamaño, convenientemente protegidas contra la radiación, lo cual fue un paso gigantesco para el progreso de la Astronáutica; pero cuando el generador antigravedad pasó del estado experimental a la práctica, el triunfo puede decirse fue rotundo.

Desde el satélite veíamos a Júpiter como un inmenso globo que casi nos ocultaba por completo la visión de aquel sector del cielo. El Sol está a unos 780 millones de kilómetros de distancia, por término medio, es decir, algo más de cinco veces la distancia de la Tierra al Sol; pero, aun así, la luz reflejada por el gigante de los planetas, era realmente deslumbrante, y el espectáculo que aquél ofrecía, realmente maravilloso. Otros, antes que nosotros, lo habían contemplado a ojo desnudo, pero nadie, hasta el presente, había conseguido poner el pie en el mismo.

La velocidad de rotación de Júpiter sobre su eje es enorme; en menos de diez horas da una vuelta completa sobre sí mismo: y esto hacía que pudiéramos observar los cambios de panorama que surgían constantemente ante nuestros ojos. Con sólo permanecer quietos durante un cuarto de hora, se veían nuevos paisajes, con una riqueza de colorido y unas tonalidades verdaderamente esplendentes. Los rojos, brillantes pero suaves al mismo tiempo; los amarillos, ocres y sienas; alguna pincelada de gris y azul verdoso, y los tonos rosados eran los colores predominantes en las bandas que surcan el planeta en sentido paralelo a su ecuador, algunas de las cuales miden decenas de millones de kilómetros de anchura.

Simultáneamente con esto veíamos surgir, con bastante frecuencia, otras manchas de color rojizo oscuro, pero éstas no tenían forma de banda, sino que, por el contrario, adoptaban otras muy distintas, variadas por completo, de modo que no era posible atribuirles una composición netamente definida. Por encima de la superficie del planeta flotaban grandes bancos de nubes blancas, compuestas de amoníaco en estado sólido, las cuales se agitaban lentamente al estallar bajo ellas alguna terrible erupción de hidrógeno o de otros gases, debida a Dios sabe qué misteriosa reacción nuclear provocada por fuerzas cósmicas de las cuales aún hoy en día no tenemos más que vagas e incompletas noticias.

Era un espectáculo fascinante ver aparecer de repente, rompiendo en apariencia la quieta superficie de Júpiter, una diminuta mancha de color intenso, que luego se iba ampliando poco a poco, hirviendo y burbujeando con fascinadora lentitud, hasta alcanzar límites de miles y miles de kilómetros en todos los sentidos ocupando áreas de tal extensión que en las mismas hubiera cabido holgadamente la Tierra con su satélite. Afortunadamente, esto no sucedía muy a menudo; de lo contrario, no hubiéramos podido llegar hasta el

planeta.

Como digo, permanecimos varios días anclados en el satélite, haciendo continuas observaciones de cuanto sucedía a ciento ochenta mil kilómetros de distancia y comparando lo que veíamos con los planos, mapas y grabaciones cinematográficas de que disponíamos. Había que eliminar los riesgos; una expedición de tal calibre no es cosa que se haga todos los días.

Cuando todo estuvo listo, empezamos a disponer las cosas para el salto definitivo. Hasta entonces, y aunque ello pueda parecer incongruente, había dejado a mi gente —la que no tenía una misión definida, por supuesto—, que fuera y viniera a su antojo. Los pobres no tenían muchos sitios donde ir; en ciento cincuenta kilómetros de satélite, las diversiones son forzosamente escasas por no ser nulas.

El caso es que la mayoría, cuando no estaban durmiendo o comiendo, o bien realizando algún trabajo relacionado con su misión a bordo, vagaban por todos los rincones del satélite. Algunos hasta buscaban oro —y no les faltaba un poco de razón; una vez topé con un asteroide de unos cincuenta o sesenta metros de grueso compuesto casi exclusivamente de níquel, lo cual nos valió a todos los tripulantes de la «Dorada», que era la nave que yo comandaba por aquel entonces, una pequeña fortuna. Otros, simplemente, se sentaban a presenciar el inenarrable espectáculo ya descrito y no faltaban los que, además de consumir kilómetros y más kilómetros de película virgen, lo hacían únicamente por «estirar las piernas», como ellos decían.

El caso es que, un buen día, cuando ya los expertos estaban reembarcando los aparatos científicos que habíamos instalado sobre la superficie del satélite para hacer las pertinentes observaciones, uno de los tripulantes se acercó a todo correr.

He dicho correr, no saltar y quizá perderse en el espacio, que era lo que debiera haberle pasado en aquel lugar de tan bajísima gravedad. En el primer momento no le di importancia; uno está habituado a ciertos convencionalismos de los cuales resulta muy difícil desprenderse; y siempre que ha visto a una persona que corre sobre tierra firme, la ve levantando los pies lo justo para la facilidad de su movimiento de marcha.

Pero de repente me di cuenta de que algo raro le sucedía a aquel tripulante. Lógicamente tendría que haber dado unos saltos de quince a veinte metros de altura, para descender de la cual debería haber empleado un par de horas, si no más tiempo o si no se había despegado definitivamente del satélite. Y en lugar de ello, el individuo corría como si se encontrase en cualquier lugar de la Tierra.

Caminé en dirección opuesta, reduciendo el volumen de mi receptor, pues el individuo — un tal Jonathan Lewell, ayudante de geólogo—, vociferaba que ensordecía. Al fin, estuvimos frente a frente y hay que ver lo que me costó

calmarle.

—Oiga, Lewell — le dije, bastante irritado—, ¿es que se ha vuelto loco?

—No, capitán; pero...

—Antes de seguir adelante — seguí gruñendo—, dígame: ¿Cómo diablos se las ha apañado para correr a toda velocidad sin salir disparado al espacio?

Me miró como si hubiera visto a un fantasma.

—¡Pero si es la cosa más sencilla del mundo! ¿No se le ha ocurrido a usted, capitán?

—No sé de qué me está hablando, Lewell; y si no se explica mejor...

—Mire, capitán — y se señaló el cinturón antigravedad, una piedra aparentemente muy pesada, pero que, sin embargo, no lo era—: ¿ve usted? ¿No lo encuentra realmente sencillo?

Examiné el indicador de peso, sin encontrar nada que no fuera la aguja detenida en el nivel de los 76 kilogramos que era lo que debía pesar el tipo aquel. Salvo este detalle, bien desconcertante por otra parte, nada más se le veía.

—Me limité a efectuar un pequeño trabajillo en el mecanismo, capitán. Así la acción del generador queda invertida y, en lugar de quitar peso, lo añade. Fácil, ¿eh?

Miré absorto al individuo. Era aquella una posibilidad que a nadie se le había ocurrido y que abría ante nosotros horizontes insospechados.

—¡Diablos, Lewell! —exclamé a media voz—. Si nos halláramos en otra época, diría que era usted un brujo. Pero así...

El geólogo se pavoneó, muy ufano.

—Tendré que patentar mi descubrimiento, capitán. Que yo sepa, hasta el momento, nadie más sabe hacerlo. Por lo tanto...

—Bueno, bueno — refunfuñé, un poco molesto, dicha sea la verdad—. ¿Y por eso gritaba usted como un poseído?

Los ojos de Lewell perdieron su alegre expresión de modo instantáneo.

—No, señor — dijo; y de repente me preguntó —: ¿No los ha oído usted?

—¿A quién?

—¿A quién ha de ser, señor? A los habitantes de Júpiter.

Solté un resoplido y lancé una maldición impublicable.

Cuando, al fin me hube rehecho, miré airado al tripulante.

—¡Lewell, está loco! Loco, porque no duerme y por lo tanto no puede

echar la culpa a las pesadillas, ni borracho, porque lleva fuera de la nave más de una hora y además, no le hubieran dado una mala copa sin receta del doctor. ¿Qué le pasa, hombre de Dios?

Lewell soportó aquella filípica sin pestañear.

Cuando hube terminado insistió:

—Pues yo les he oído. Y me hablaron. Claro que yo no les entendía, pero eran voces humanas, señor.

—No siga, Lewell — corté indignado—. Regrese a la astronave.

—Insisto en que me hablaron. Yo los oí perfectamente, capitán.

—Entonces tendría que haberlos oído yo también, Lewell — dije, tratando de acoplar paciencia—. Llevo más tiempo que usted fuera de la nave y en todo el rato no he desconectado la radio ni un solo instante. ¿Es que piensa acaso que el chiflado soy yo?

—No, señor — repuso el individuo con tesón que ahora me parece admirable—. No se puede considerar chiflado a un hombre sólo porque diga la verdad, ¿no es así, capitán?

Confieso que el tipo me dejó sin habla.

Cuando quise replicarle, ya se había ido y estaba trepando por la escala de gato que servía para llegar hasta una de las escotillas de entrada a la cosmonave.

Halley, mi segundo, notó en seguida mi disgusto. En parte, hay que decirlo todo, me sentía un poco en inferioridad con Lewell por el hallazgo que éste había hecho respecto a la inversión del campo gravitatorio individual, y en parte por lo que yo consideraba como una psicosis de digamos sociología, ya que el hombre había oído voces humanas y, naturalmente, después de tantos meses de contemplar las mismas caras, era lógico que anhelase ver y hablar con otras personas distintas.

Mientras en la cámara de mando íbamos recibiendo los distintos partes que anunciaban el principio de la última etapa, Halley me preguntó sobre la causa de mi disgusto.

Se lo dije.

Con gran asombro mío, no se sorprendió.

—Lewell tiene razón, señor.

Solté un respingo.

—¿Eh? ¿Qué está diciendo? ¿Usted también? ¡Hombre, no!

Halley sacudió la cabeza.

—Sí, señor; y no le hubiera hablado de ello, temiendo su incredulidad, de no tener las propias palabras de Lewell como confirmación.

—¡Bueno! —resoplé—. Me parece que los largos meses de encierro han afectado la razón de todos nosotros — y dije esto compasivamente, por no decir de «algunos».

—No lo crea, señor. Le aseguro, y no bromeo, que yo oí también esas voces.

—Está bien — dije, haciendo un gesto de resignación—. Cuénteme.

Antes de responderme, Halley atendió las indicaciones de un par de instrumentos. Emitió una orden por el micrófono y luego se volvió hacia mí.

—Verá, señor — empezó a decir—. Estaba aquí, más o menos a la misma hora en que Lewell oyó sus voces, cuando, de repente, oí a alguien que hablaba. En el primer momento no presté atención, pensando en que quizá fuera alguno de los nuestros. La verdad, estaba muy atareado en la computadora, calculando nuestra trayectoria de aproximación al planeta.

»Pero cuando las voces se repitieron, suspendí el trabajo. Miré al altavoz y alargué la mano para cerrarlo, pues me estaba distrayendo y no podía concentrarme. No llegué a hacerlo; algo me lo impidió.

Halley sacó cigarrillos y me ofreció uno. Los prendimos y luego de expulsar las primeras bocanadas de humo, continuó:

—Presté atención. Eran unas voces, desde luego, salidas de una garganta humana, pero muy suaves y cariciosas. Hablaban algo que no pude entender. A veces parecían como si cantasen una canción muy dulce y atrayente...

—Cantos de sirenas, vamos — reí forzadamente.

—¿Cantos de sirenas? —meneó la cabeza mi segundo—. ¿Quién sabe? El caso es que jamás, antes de ahora, he escuchado nada parecido. Hablaban con suaves inflexiones de voz, con mucha lentitud, como si quisieran hacerse entender. Hicieron varias pausas y entonces les hablé yo, en la misma forma, deletreando cada una de mis palabras. «Ellos» me respondieron, estoy seguro, señor; pero no conseguimos entendernos — concluyó Halley con cierto tono de tristeza, como si se sintiera defraudado por no haber podido entrar en contacto con aquellos hipotéticos seres del espacio.

Durante unos minutos los dos permanecimos en silencio. Después, dije:

—Voy a pensar que tiene usted razón, Halley.

El segundo me miró con vivo gesto.

—La tengo, señor. Puedo afirmar que el acento de esas personas no es terrestre. Si se tratara de un fraude, lo habría descubierto de inmediato. Llevamos ya mucho tiempo juntos para no conocer los distintos acentos de

todos los miembros de la tripulación. La mayoría somos norteamericanos, pero también los hay de otras nacionalidades terrestres y, la verdad, son unos acentos tan fáciles de reconocer como difíciles de disimular.

—Está bien — carraspeé, tratando de ocultar una ligera turbación—. Le creo a usted, Halley. Pero, y esto es una hipótesis mía, ¿no podría tratarse de alguna emisión radiofónica terrestre, captada quizá por algún capricho de las ondas hertzianas? Ya sabe usted que éstas tienen reglas fijas, pero de vez en cuando se salen, hablando vulgarmente, del tiesto y...

Una débil sonrisa apareció en los labios del segundo.

—¿Por qué no juzga usted por sí mismo, señor?

—¿Eh?

—Aguarde un momento, capitán. No soy tonto — y mientras manipulaba en el tablero de mandos, siguió hablando — y no quise que nadie pudiera tacharme de embustero. Pueden llamarme crédulo, pero no inventor de bulos. Escuche usted mismo, señor. Lo grabé todo en cinta.

El silencio se hizo en la cámara, en donde sólo estábamos los dos. Unos segundos más tarde, una voz irrumpió en el ambiente.

Parecía una voz de mujer, como de una locutora de radio que anunciase algo con voz suave y cariciosa. De vez en cuando hacía una leve pausa, interrumpiéndose cómo si tratara de ser entendida o bien procurando recalcar con la pausa la frase recién pronunciada.

Un minuto más tarde terció otra voz y ésta pertenecía, indiscutiblemente, a un hombre. Sin embargo, al igual que la anterior, también era muy suave y bien modulada, repitiendo lo que me parecieron idénticas frases a la anterior. Si se trataba de algunos seres no terrestres, era evidente que estaban procurando entenderse con nosotros.

Aquello duró unos minutos.

Después terció la voz de Halley, que les pedía se identificaran. Hubo unas respuestas, completamente distintas a las anteriores; luego más palabras del segundo, otras frases de los seres desconocidos y, por último, algo así como una canción, muy lenta y melodiosa, pero sólo con voz, sin acompañamiento de música alguna. Finalmente, se hizo el silencio.

El aparato se paró.

Escuché la grabación sin hacer el menor comentario, hondamente preocupado, porque aquello iba adquiriendo cada vez más visos de verosimilitud. Fueran quienes fueran los que habían hablado, una cosa era de absoluta evidencia: ¡no pertenecían a la dotación de la «Casiopea»!

¿Quiénes podían ser?

De pronto se me ocurrió una idea. Sin vacilar, me incliné hacia adelante y moví el conmutador de la red microfónica general.

Grité:

—¡Ayudante de geólogo Lewell, sírvase presentarse inmediatamente en la cámara de mando!

Luego esperé.

El mencionado no tardó mucho en llegar. Apareció mirándonos a ambos con ojos de asombro.

—¿Qué sucede, capitán? —inquirió.

—Acérquese — le dije — y escuche. Halley, repita de nuevo esa grabación.

—Sí, señor — respondió el segundo.

Al terminar, los ojos del geólogo se iluminaron.

Exclamó:

—¡Caramba, señor! ¡Son los mismos tipos que me hablaron a mí!

—¿Está seguro, Lewell? —pregunté con voz de trueno.

—Segurísimo, señor — contestó el muchacho sin vacilar—. Absolutamente. No decían estas palabras ni... cantaban, pero las voces son las mismas.

La firmeza de Lewell me desconcertó no poco. Me froté la mandíbula casi con rabia, sin saber qué hacer de momento.

No obstante, tardé poco en tomar una decisión.

—Halley, Lewell, ¿saben si algún tripulante más, aparte de ustedes dos, ha escuchado esas voces?

Los dos hombres se miraron unos segundos.

Al fin, el segundo dijo:

—Yo creo que no. De lo contrario, ya habríamos tenido noticia de ello.

—A mí nadie me ha hablado — terció el geólogo—. Y créalo, capitán, si lo hubiera escuchado alguien, aparte de nosotros dos, ya se sabría.

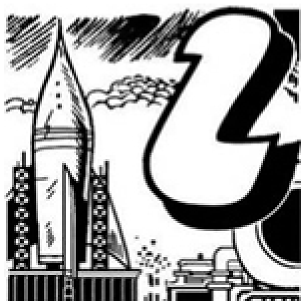
—Mejor para todos — repuse, respirando con no poco alivio de mi parte. Así tardarán más en saberlo, porque les prohíbo que comenten con ningún otro miembro de la tripulación lo que acaba de suceder. Ustedes ya me entienden lo que quiero decir, ¿verdad?

Asintieron con vigorosos movimientos de cabeza, porque los dos comprendían los motivos de mi prohibición.

Sin embargo, Halley guardaba todavía un cartucho de reserva.

—Olvidé decir, señor, que pude localizar la fuente de esas emisiones radiofónicas. Se halla a una milla escasa del lugar que habíamos elegido como punto de aterrizaje en Júpiter.

CAPÍTULO III



A nave despegó del satélite y «cayó» hacia Júpiter, mediante un par de descargas de sus chorros, que bastaron para infundirle la velocidad suficiente para el acercamiento.

A medida que nos acercábamos al planeta, los detalles de su superficie se iban haciendo más perceptibles. El enorme globo nos ocultó por fin toda otra vista del cielo, al menos en la dirección en que navegábamos y no tardamos mucho en sentir el clásico siseo producido por el frotamiento de la atmósfera contra el casco de la nave.

La velocidad se redujo de modo automático. La gravedad jupiteriana empezó a «tirar» de nosotros, pero los dispositivos antigravedad contrarrestaron sus efectos. Por un instante pensé en lo que podía suceder invirtiendo el campo gravitatorio, pero la maniobra de acercamiento requería toda mi atención y no tardé en alejar tales pensamientos, de mi cabeza.

Nubes de amoníaco convertido en finísimo polvo de hielo nos ocultaron momentáneamente la visión de lo que había por debajo de nosotros. Hubimos de guiarnos por el radar, ya que los infrarrojos apenas nos servían y estoy seguro de que hubo más de un suspiro de alivio cuando, al fin, atravesamos aquel espeso banco de nubes y vimos lo que ya era «auténtica» superficie del planeta.

El generador antigravedad frenó la marcha de modo suficiente para que resultasen casi innecesarios los chorros inversos. Los laterales sirvieron para enderezar la nave y que el aterrizaje se realizase en la forma clásica: sobre las patas sustentadoras de la estructura y la aguzada ojiva de la punta señalando un cielo eternamente cubierto de nubes que se deslizaban con ominosa lentitud por encima de nuestras cabezas.

Salvo un apenas perceptible runruneo, causado por el incesante funcionamiento del generador antigravedad, el silencio era absoluto cuando tocamos tierra.

¿Tierra? ¿Era ésta la palabra exacta?

La palabra aterrizar se ha usado desde tiempo inmemorial, siempre que un

ingenio suspendido en el aire o en el espacio se ha posado sobre suelo firme y, efectivamente, tal nos sucedía a nosotros. Pero lo que estábamos contemplando, lo que teníamos ante nuestros ojos, no podía compararse en modo alguno a lo que habíamos visto hasta entonces.

Frente por frente del lugar en que nos hallábamos se veía una especie de volcán, cuyas rojas llamas se agitaban incesantemente, enviando a lo alto una serie de espesas nubes de color parduzco, en las cuales se reflejaban, con cárdenos resplandores, las incesantes erupciones que tenían lugar en su interior. La lava eruptada corría lentamente por los agrietados bordes del cráter y se derramaba luego, desde un risco absolutamente vertical, cuya altura no bajaría de los trescientos metros, sobre un lago de amoníaco líquido, de cuya superficie se escapaban enormes burbujas de un brillante color verdoso, que ascendían a lo alto con estremecedora lentitud, estallando luego en mil fragmentos que no tardaban en desvanecerse.

La parte del lago, cuya extensión era de varios kilómetros, en donde caía la lava hirviente, burbujeaba de continuo al recibir aquella catarata de fuego, provocada por la incesante combustión del hidrógeno que ardía en el interior del volcán. Pero ya más lejos, sobre todo en la parte donde la nave se había posado, la superficie era completamente tranquila, sin apenas ondulaciones que turbasen su lisura, yendo a limitarse en una serie de bordes también abruptos como los anteriores, pero mucho más bajos, algunos de los cuales distaban sólo un par de metros del amoníaco.

Los riscos eran de lava solidificada, pero en la parte más alejada se advertía la cegadora blancura de los gases en estado de congelación. El suelo también estaba helado y apenas se veía un metro que pudiera decirse estaba completamente liso. Todo eran grietas, quebradas, picos que sobresalían y, en general, parecía que aquello hubiera sido revuelto por la mano de un gigante niño que luego se hubiera marchado, dejando tras sí un espantoso maremágnum cuya descripción resiste a todas las comparaciones posibles.

De pronto, una nube avanzó hacia nosotros con aparente lentitud, pero con rapidez increíble. Era enorme, colosal, y burbujeaba y hervía de modo incesante. Se veían vetas blancas en su seno, pero en su inmensa mayoría se la veía intensamente coloreada, lo cual denotaba la existencia en su seno de sodio y potasio, mezclados con el amoníaco que la componía. Escuchamos el siseo de su roce contra la estructura metálica del casco, pero no tardó en alejarse. El panorama se despejó de nuevo.

Lancé un suspiro que me arrancó al encanto de que hasta entonces había estado disfrutando. Era preciso cumplir con la misión que nos había sido confiada, ya que para eso estábamos allí.

Me incliné sobre el micrófono.

Inquirí:

—¿Profesor Hauswitz?

El mencionado era el director técnico de la expedición. Yo había llevado la nave a destino; a él le competía la parte científica y el realizarla era su misión.

—¿Sí, capitán OFlagherty? — me contestó.

—Todo está listo, profesor. Por mi parte, puede desembarcar cuando quiera.

—Gracias, capitán. Empezaré a disponerlo todo ahora mismo.

Corté la comunicación y me levanté de mi asiento. Naturalmente, yo como todos, iba provisto de mi cinturón antigravedad, de lo contrario, no sólo no habría podido dar un paso, sino que, por el contrario, hubiera estado expuesto a graves accidentes.

Después de nuestra llegada, y mientras Hauswitz disponía todo lo necesario para el buen cumplimiento de su labor científica, me dediqué a revisar la astronave. Merton, el ingeniero jefe de máquinas, me acompañó, y los dos nos cercioramos de que todo se hallaba en perfecto estado de funcionamiento. No había el menor fallo, tanto en la maquinaria principal como en la auxiliar, después de lo cual, sintiendo necesitaba un buen descanso, fui a mi cámara, en donde me tumbé a dormir un rato, pues, francamente, lo estaba necesitando.

No sé cuánto tiempo estuve durmiendo; no había consultado el reloj al acostarme ni tampoco lo hice al despertarme. Pero el caso es que, de repente, algo me sacó del sueño.

Era una voz humana.

Miré en torno mío, todavía con las pupilas veladas por el sueño. No, no había nadie en la cámara, estaba yo como único ocupante de la misma.

Pero la voz seguía hablando.

Comprendí súbitamente. Era la misma que Halley había aprisionado en su grabador, una voz suave, melosa, insinuante, que me hablaba Dios sabía en qué desconocido lenguaje en el que, a pesar de no comprenderlo, no podía adivinarse la menor amenaza en el tono.

Por el contrario, el acariciante tono de la voz atraía y subyugaba y yo no había estado tan equivocado al calificarlo como de canto de sirena. Uno lo oía y se quedaba extático, sin atender a nada que no fuera la voz misma.

Todas las cámaras tienen su intercomunicador. La voz que me hablaba penetraba por el mío. Me arriesgué a contestar en uno de los breves intervalos de su parlamento y él o ella «me contestaron».

Me puse en pie, acercándome al micrófono, sin darme cuenta del detalle

de que estaba desconectado. Esto lo advertiría más tarde, pero entonces me encontraba tan aturdido, que no supe advertirlo.

—¿Quién eres? ¿De dónde hablas? —pregunté—. ¿Cómo te llamas? Mi nombre es Dennis, Dennis OFlagherty, y soy capitán de esta nave.

—Dennis — repitió la voz, y si no me caí al suelo fue por puro milagro.

—¿Cómo te llamas tú? —inquirí.

—Shayra — y lo repitió varias veces.

—Shayra — dije yo también y me pareció oír una especie de risa de aprobación.

De pronto, la voz cesó. Llamé varias veces, pero con resultado totalmente negativo, por lo que, chasqueado y lleno de decepción, regresé de nuevo a la litera.

Sin embargo, pronto comprendí que ya no podría reanudar el sueño.

Salí de mi cámara y me dirigí al comedor, en donde tomé algo de comer. Una vez hube terminado, encaminé mis pasos directamente al cuarto de comunicaciones.

Teníamos siempre un individuo de servicio en la radio, tanto para captar como para emitir mensajes de la Tierra y a ella. En esta ocasión se hallaba el propio jefe del servicio, un individuo llamado Angus MacCarven, con quien me unía una sólida amistad por haber hecho ya varios viajes juntos por el espacio.

Angus se dio cuenta de que me sucedía algo raro apenas me vio. Se lo dije.

—¿Voces humanas? — dijo reflexivamente, en tanto meneaba la cabeza —. Yo no he oído nada, Dennis.

—Entonces, ¿de dónde diablos salen? Porque lo mío puede tratarse de una pesadilla, debida quizá a un pequeño exceso de trabajo. Pero, ¿y la grabación del segundo oficial Halley?

Agnus se rascó la cabeza.

—¿No estarán de broma? Algunos se creen que todo el año es día de Inocentes, Dennis.

—¿También bromeaba Lewell? Y, además, ¿por qué diablos iban a hacerlo?

Se encogió de hombros.

—No lo sé, la verdad. De todas formas, si quieres tranquilizarte, procuraré tener los oídos bien abiertos y en cuanto oiga algo te lo comunicaré.

—Gracias, Agnus — murmuré saliendo de la habitación.

De allí me encaminé a los vestuarios. Estaban en una habitación llena de trajes espaciales, la cual contaba con generador propio de antigravedad, cosa fácil de comprender, si se tiene en cuenta que para embutirse dentro de uno de aquellos pesadísimos trajes, precisaba despojarse del cinturón antigravitatorio individual, que luego había de colocarse en la parte exterior de la escafandra. Los cuartos de aseo tenían igualmente su generador propio, por razones que no es necesario explicar por obvias.

Una vez me hube vestido, ayudado por uno de los tripulantes, me coloqué el cinturón, comprobé el perfecto funcionamiento de los cilindros de aire y del elemento termostático y me dirigí a la esclusa.

En el exterior de la misma se había instalado un ascensor consistente en una sencilla pila de carga, la cual hacía subir y bajar una plataforma desde los cien metros que nos separaban del helado suelo jupiterino. Lancé una llamada por radio y al instante el operario envió la plataforma hacia arriba.

Cuando estaba a punto de poner el pie en la misma, dos hombres vinieron hacia mí. Al principio no les reconocí por sus escafandras, pero no tardé mucho en saber quiénes eran: mi segundo y el ayudante de geólogo.

Halley me miró sonriente a través del espeso cristal de la escafandra.

—Capitán, ¿nos permite que vayamos con usted?

Solté un gruñido de asentimiento. Lewell se echó a reír.

—Capitán, dijo—, creo que los tres vamos al mismo sitio y por los mismos motivos, ¿no es así?

—Salvo nosotros — añadió el segundo—, nadie más ha oído esas misteriosas voces. Y nos gustaría conocer a la persona que ha hablado... si es que existe tal persona, claro está.

—Existe — respondí abruptamente—. Y me parece que a juzgar por su nombre se trata de una mujer.

Los dos me miraron al instante con las bocas convertidas en sendos círculos.

—¡Cómo!

—¿Qué dice, capitán?

—Shayra es un nombre que no he oído hasta ahora, pero al que todos los indicios señalan como perteneciente a una persona del sexo femenino. De todas formas, hombre o mujer, vamos a ver si le echamos el guante.

Moví la mano y el operario de la maquinilla la puso en movimiento. Veinte segundos más tarde poníamos pie en el suelo del planeta.

Los distintos equipos técnicos estaban ya trabajando en sus respectivos cometidos. Esto no nos incumbía al segundo ni a mí, aunque sí a Lewell, como geólogo; pero, si el profesor Hauswitz había juzgado oportuno no encomendarle ningún trabajo, al menos en aquellos momentos, no iba a ser yo quien rectificase la papeleta.

Desde arriba nos habíamos orientado ya en la dirección de donde Halley había manifestado brotaban las voces. El lugar, según había dicho, estaba más o menos a una milla de distancia, un espacio relativamente corto en cualquier otro lugar que no fuese aquel siniestro planeta.

Para encaminarnos a aquel punto, precisábamos bordear el lago de amoníaco durante unos cuatrocientos metros y luego separarnos de su orilla. La primera parte de nuestra caminata se desarrolló sin novedad alguna, aunque por precaución, lo hicimos a una prudente distancia del borde, para evitar algún intempestivo desprendimiento «de tierras» que nos hubiera precipitado en el seno de aquel mortífero líquido.

Después fue cuando vinieron las dificultades. La relativa planicie del suelo fue substituida por un suelo sumamente quebrado e irregular, lleno de salientes y entrantes que dificultaban notablemente la locomoción. Tan pronto teníamos que descender al fondo de una garganta llena de resbaladizo hielo —el hielo, sea de agua, sea de gas, es resbaladizo en todas partes—, como trepar por algún empinado acantilado de lava dura y quebradiza, lleno de agudos salientes que amenazaban rasgar nuestros trajes al menor descuido con las consecuencias que son fáciles de prever.

Finalmente, y después de numerosas peripecias que no son para relatarlas aquí, estuvimos en el lugar señalado.

Éste era una especie de explanada, de unos doscientos metros de anchura, más o menos, bastante lisa, lo suficiente para permitir el cómodo rodaje de uno de nuestros vehículos auxiliares, si la ocasión lo hubiera requerido.

Frente a nosotros, de tal forma que formaba algo así como mi anfiteatro, había un muro de gas helado, de unos doscientos metros de altura, completamente vertical, con numerosas grietas y hendiduras a todo lo largo de su superficie. Desde aquí, el hielo y las rocas de lava subían hacia arriba en un ángulo de unos 45°, adoptando continuas y caprichosas formas, ni más ni menos que hubiera podido acontecer en una montaña terrestre, alcanzando una elevación realmente impresionante; tanto, que sus agudas cimas eran a veces ocultas por espesos bancos de nubes que se deslizaban lentamente en el seno de la atmósfera de hidrógeno del planeta.

El muro era semicircular y sus extremos se perdían por ambos lados. Daba la sensación de cortarnos el camino, ya que, para continuar, hubiéramos tenido que retroceder y dar un enorme rodeo por la base de aquella colosal montaña de lava y hielo, cuyos colores predominantes eran el rojo pardusco y

el ocre.

Durante unes momentos permanecimos inmóviles, en silencio, contemplando el espectáculo que teníamos ante nuestros ojos.

De pronto, Lewell lanzó un grito.

—¡Mire, capitán!

Seguí la dirección que señalaba con el dedo el excitado geólogo. No me importó que gritase, ya que antes de salir habíamos variado la longitud de onda de nuestros respectivos aparatos de radio, con el fin de que nuestro secreto no se divulgase antes de lo necesario. Sólo el jefe de comunicaciones lo sabía, por si en algún momento precisaba ponerse en contacto con nosotros.

A corta distancia del lugar en que nos hallábamos, vi la clara huella sobre el hielo de un cuerpo humano. La silueta estaba nítidamente marcada y no cabía la menor duda acerca de a quién pertenecía.

Nos acercamos, caminando con precaución sobre el congelado suelo. Se divisaban claramente las señales de las piernas, ligeramente abiertas, del tronco e incluso de unos codos, éstas algo más hundidas en el suelo que las otras, como si el individuo nos hubiera estado espiando desde allí arriba.

Por un momento permanecí dudando y sumido en mis pensamientos, observando aquella huella. Pero no tardé en tumbarme en el suelo y acomodé mi cuerpo a la señal.

—Es usted más grande que la persona que lo hizo, capitán — observó el segundo.

—Eso no me preocupa ahora — dije—, sino lo que el tipo estaba haciendo aquí.

Coloqué mis codos en los huecos respectivos y luego levanté las manos hasta la altura de los ojos. Desde aquí, miré en dirección al campamento.

El lugar estaba situado en lo alto de un risco, cuya elevación sobre el punto de aterrizaje era de unos doscientos cincuenta metros.

Era evidente que nos habían estado observando desde allí con todo detenimiento, sin ser vistos y sin que ninguno de nosotros se hubiera percatado de tal observación.

—Bueno — dije, poniéndome en pie y sacudiéndome instintivamente las rodillas—, positivamente, hay alguien aquí. ¿Quién?, es cosa que no sabemos, pero lo que sí es cierto es que vamos a averiguarlo, al precio que sea.

Halley soltó una rotunda interjección.

Dijo:

—¡Por todos los...! ¡Júpiter habitado! Eso sí que va a causar sensación.

—Pero ¿cómo se las apaña para vivir la gente aquí con esta atmósfera? — preguntó Lewell, terriblemente desconcertado.

—¿Qué sabemos nosotros de su ciclo biológico? Posiblemente, si a uno de los habitantes de Júpiter lo llevásemos a la Tierra, moriría en nuestra atmósfera — dije—. Allí tendrían que hacer como nosotros: es decir, usar escafandra. Lo que es bueno para unos, resulta perjudicial para otros, y viceversa.

Mira que disfrutar respirando hidrógeno y amoníaco — gruñó Lewell; y en aquel momento me fijó en algo que hasta entonces nos había pasado desapercibido.

Desde el punto donde el misterioso individuo nos había estado espiando, se veían unas huellas como de pasos, muy tenues, tanto que casi no se notaban, las cuales se dirigían en línea recta hacia el muro del anfiteatro frontero.

Halley y Lewell me miraron en silencio.

Tampoco yo hablé. Me limité a romper la marcha, siguiendo aquellas huellas, procurando no perderlas de vista, ya que en algunos puntos, el hielo era tan duro que los pies no dejaban la menor señal. Y esto fue lo que nos ocurrió a unos cincuenta metros del acantilado.

Nos detuvimos, desconcertados.

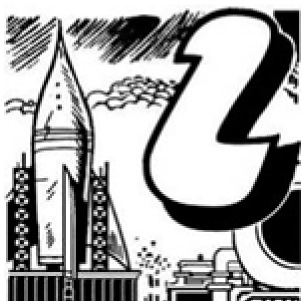
—¿Tendrán alas? — masculló el geólogo.

Recorrí con la vista el muro helado. El silencio era total, absoluto, impresionante, de tal modo que llegaba a sugestionar el ánimo en sentido negativo. Los farallones se elevaban sobre nuestras cabezas como en un sueño provocado por una mala digestión y, por un instante, resulté tan sugestionado que me pareció iban a desplomarse sobre nosotros en cualquier momento.

Afortunadamente no ocurrió tal cosa. Después de unos instantes de duda, reanudé la marcha, siguiendo la dirección de las huellas. Dos minutos más tarde, me hallaba, junto con los otros, en la entrada de una profunda grieta que las fuerzas de la naturaleza habían labrado en el acantilado.

Y entonces fue cuando, absortos y atónitos, divisamos la obscura entrada que se abría frente a nosotros.

CAPÍTULO IV



A grieta era profunda, tan alta como el acantilado mismo, pero no estaba situada en un sentido estrictamente perpendicular al mismo, sino oblicuamente, de tal modo que su fondo no podía verse de otra manera que situándose en su misma entrada.

Desde la base del muro al fondo de la grieta habría unos cincuenta metros —ya he dicho que era muy profunda—. Al término de la misma se veía una negra abertura, de forma semicircular, de unos diez o doce metros de diámetro, cuyo final no podía siquiera adivinarse.

Por un instante permanecimos los tres en silencio, contemplando el túnel que se abría ante nosotros. Aparentemente, era producto natural, pero algo nos decía —silenciosa e indubitablemente— que aquella abertura había sido practicada por manos inteligentes. Que sus autores tuvieran o no forma humana, era cuestión que por el momento no acuciaba.

Nos miramos sin hablar.

Al fin rompí el silencio.

—Bueno — refunfuñé—, ¿qué diablos nos sucede? ¿Es que somos señoritas?

—¿Tiene intención de explorar el túnel, capitán? — me preguntó Lewell.

Levanté la vista al cielo. Todavía veíamos el Sol, como un diminuto disco luminoso, que era ocultado con grandísima frecuencia por las nubes de amoníaco helado que flotaban constantemente sobre nosotros. Pero, juzgando por su posición, era evidente que no tardaría mucho en ocultarse. Claro está que nueve horas y cinco minutos más tarde volvería a surgir por el lado opuesto.

—Por lo menos — dije—, nos asomaremos a la entrada. Esto nos costará poco y, según lo que hallemos, podemos organizar más tarde una expedición debidamente pertrechada.

Mi sugerencia halló eco favorable en los espíritus de mis dos compañeros, de modo que, sin añadir una palabra más, nos dirigimos hacia la boca del

túnel, a la cual llegamos en un par de minutos. Una vez allí, volvimos a detenernos.

El suelo era liso, pero sin rigurosidad, lo mismo que las paredes. El fondo, como ya he dicho, resultaba totalmente invisible.

Súbitamente, un nuevo elemento vino a aumentar nuestro desconcierto al par que la irrefrenable curiosidad que sentíamos. Fue un sonido, extraño y potente, una música jamás oída, suave e insinuante, con unas notas completamente nuevas para nosotros, que resonaba con deliciosos trémolos en el interior de nuestros cascos. La música se producía en amplias oleadas, que iban y venían como las aguas del mar, batiendo nuestros tímpanos con sus acordes, pero sin que en ningún momento su intensidad llegara a producirnos el menor daño físico en el oído.

Aquello duró cosa de un par de minutos, durante los cuales permanecimos atónitos, escuchando absortos e inmóviles, sin atrevernos casi a respirar. Luego cesó, después de un salvaje estallido de armonías que parecieron el final de la pieza.

A través de la radio oí claramente el ruidoso deglutir de mi segundo.

—¡Dios mío! ¿Es que nos reciben con banda de música?

Ya no podía resistir más. La curiosidad me devoraba y, sin dudarlo un solo instante, conecté la lámpara eléctrica de que estaba provisto mi casco, al igual que los otros, y rompí la marcha.

Mis compañeros me siguieron. Las luces de que disponíamos eran relativamente potentes y disipaban las tinieblas hasta unos cuarenta o cincuenta metros de distancia, y su resplandor aún resultaba aumentado por la refracción del suelo y las paredes heladas.

Caminamos durante unos minutos en actitud resuelta. De vez en cuando me volvía y miraba hacia mis espaldas. La boca del túnel se empequeñecía a medida que ganábamos terreno, pero nada indicaba que estuviera desviándose de la línea recta.

Quince minutos más tarde, nos detuvimos y ejecutamos el gesto de común acuerdo, aún sin haber cambiado una sola palabra. En aquel tiempo habíamos recorrido dos kilómetros largos, la entrada apenas si se divisaba ya como una minúscula chispita de luz y el túnel no daba señales de terminarse.

—Debemos volver, capitán — sugirió Halley.

—Eso creo yo — recalcó el geólogo—. El túnel parece muy largo y si hemos de explorarlo, debemos hacerlo en mejores condiciones. De la forma en que lo estamos haciendo, podemos caminar durante un día entero sin ver su final.

—Sí — murmuré un tanto decepcionado—. Creo que lo mejor será volver

y participar nuestro descubrimiento al profesor Hauswitz. A fin de cuentas, él es el jefe técnico de la expedición y nadie mejor que él podrá...

Un agudo grito de Lewell me interrumpió súbitamente.

—¡Capitán, una luz!

Volví la cabeza con tan rápido gestó, que casi me descoyunto el cuello.

—¡Cielos — murmuré—, es cierto!

Sí, había una luz frente a nosotros, a una distancia que la misma oscuridad del túnel hacía resultar como muy imprecisa. Pero de que era una luz y que no se debía a algún fenómeno natural de combustión de alguno de los gasee que componen la atmósfera de Júpiter, no nos cabía la menor duda.

La luz no tenía nada de particular. Simplemente era idéntica a la que cualquier lámpara terrestre hubiera podido producir. Pero oscilaba lentamente de un lado para otro, como si alguien la tuviera en las manos y nos hiciera señales con ella.

—¡Vamos, capitán! —gritó Lewell, excitadísimo; y echó a correr antes de que pudiera impedírselo.

Su entusiasmo se nos contagió a Halley y a mí. Corrimos también durante un centenar de metros, más o menos, al término de los cuales nos detuvimos como heridos por un rayo.

¡Sí, Júpiter estaba habitado!

Y la prueba viviente se hallaba frente a nosotros.

Eran dos personas las que nos contemplaban, con idéntica sorpresa que nosotros las contemplábamos a ellas. Un hombre y una mujer.

Aún diría que nuestra sorpresa era infinitamente mayor, porque ellos no llevaban escafandra protectora y nosotros sí. ¿Cómo podía comprenderse tal cosa, en una atmósfera tan mefítica como la de Júpiter, una bocanada de la cual es más que suficiente para matar a un hombre de manera fulminante?

Pronto pudimos averiguar las causas de aquel hecho tan raro. Avancé unos pasos y, de pronto, me sentí detenido por un obstáculo infranqueable.

Lleno de asombro, lo mismo que Halley y Lewell, pasé las manos por lo que era un muro de vidrio, de tan perfecta factura que no se advertía la menor señal del mismo si no era palpándolo con las manos. El muro cortaba transversalmente el túnel en todos los sentidos.

Mirando a través del mismo, estudiamos durante unos segundos las dos personas que teníamos ante nosotros, a una distancia de diez o doce metros.

Uno de ellos era un hombre. Joven, apuesto, sostenía en sus manos la lámpara con la cual nos había estado haciendo señales. Vestía una especie de

camisa casi sin mangas y unos pantalones muy cortos y ajustados, calzándose con unas botas de media caña, que más parecían una segunda piel de aquel lugar de su anatomía.

La mujer era más joven aún que su compañero y vestía de una manera similar, aunque llevaba las ropas más ajustadas y de vivos colores, en los cuales predominaba el rojo. Sus botas eran muy parecidas también aunque tenían un pequeño tacón que aumentaba ligeramente su ya magnífica estatura. Su cuerpo era de líneas firmes y armoniosas, pero lo que más me extrañó, no fue la singular belleza de sus facciones, ni el tono pálido de su tez, debido sin duda a la carencia de rayos de sol más que a falta de glóbulos rojos, sino el intenso color azul de su cabello, que se derramaba en brillante catarata sobre sus redondos hombros.

Los dos llevaban un delgado cinturón que parecía hecho de oro, en cuya parte delantera se veía un ligero ensanchamiento con varios botones multicolores. Si al otro lado del vidrio hacía el mismo frío que fuera, ellos no parecían advertirlo.

Súbitamente, un trozo del muro se descorrió en silencio a un lado.

Aquello era una clara invitación que pasásemos al otro lado y no nos lo hicimos rogar dos veces. Apenas hubimos franqueado el obstáculo, el muro volvió a deslizarse tan silenciosamente como antes.

—Bueno — resopló Halley—, éste debe de ser el comité de recepción. ¿Qué le parece, capitán?

No contesté. Sólo tenía ojos para mirar a la muchacha, la cual, a su vez, me miraba intensamente.

Permanecimos unos momentos en silencio. De pronto, ella nos hizo unas señas con las manos.

—¡Capitán! —exclamó Lewell—, nos dice que podemos quitamos las escafandras!

Halley soltó un bufido.

—¿No se tratará de alguna trampa?

Ella insistió. Sus ademanes estaban bien claros.

Por mi parte, no tardé mucho en decidirme. Desatornillé la placa que sujetaba el casco al peto del traje y lo eché a un lado. Inspiré suavemente, pero no hallé el menor síntoma de que el aire que allí había contuviese gases ponzoñosos.

—¡Podemos respirar! ¡El aire es bueno, capitán! —exclamó jubilosamente el geólogo.

Ella sonrió, afirmando con la cabeza. Después hizo señas con las manos

invitando a que nos acercáramos.

—Vamos — dije dando un paso hacia adelante.

Cuando hubimos recorrido media docena de metros, la muchacha levantó la mano. Nos detuvimos.

Entonces advertimos la existencia de un segundo muro de vidrio que, al igual que el anterior, se deslizaba silenciosamente.

—¡Canastos! — exclamó Halley—. Menuda exclusa se gastan estos tipos.

Y en aquel momento, los dos jóvenes avanzaron hacia nosotros con la mano derecha extendida.

—Son amigos, amigos — repetía Lewell, extático, una y otra vez, estrechando efusivamente las manos de la pareja.

Por mi parte, apenas si hice otra cosa que rozar la mano del hombre. Otra cosa fue tener la de la muchacha entre las mías.

Una descarga eléctrica recorrió todo mi cuerpo, haciéndome estremecer de pies a cabeza. Sus enormes ojos, de un límpido azul, estaban hipnóticamente fijos en los míos y a mí me pasaba exactamente igual.

Un brusco codazo de Halley me trajo a la realidad.

—¡Caramba, capitán! ¡La ha flechado!

Carraspeé. Era hora ya de hacer las presentaciones.

Aunque, la verdad, ignoraba si ellos podrían comprender nuestro idioma.

Incliné ligeramente la cabeza y señalé hacia mis compañeros, pronunciando lentamente sus nombres, con el fin de que ellos pudieran entenderlos sin dificultades. Después me presenté a mí mismo.

—¡Dennis! — exclamó ella, y entonces reconocí la voz que me había hablado a través de la radio.

—Shayra — dije yo.

La muchacha sonrió. Se volvió, señalando hacia su compañero y dijo:

—Yawan.

—Yawan —repetimos, y el joven sonrió, moviendo la cabeza afirmativamente.

—Bueno — dijo Lewell—, ahora ya sabemos nuestros nombres respectivos. Pero ¿cómo vamos a hacer para entendernos el resto? Lo correcto sería que ellos dijeran, como en las novelas que he leído yo: «Sabemos vuestro idioma porque escuchamos con muchísima frecuencia vuestras emisiones de radio.»

—Eso sólo pasa en las novelas — refunfuñó el segundo—. Aquí vamos a tener bastante más trabajo.

Los dos jóvenes volvieron a sonreír. Yawan se volvió de pronto y nos hizo un ademán invitante.

—Quieren que vayamos con ellos — dije.

—Pues vamos — exclamó Lewell, muy resuelto.

La curiosidad nos embargaba. El hombre ha esperado siempre ver habitados los planetas, pero su fantasía le ha hecho formarse una imagen equivocada de esos posibles habitantes. Monstruos con o sin inteligencia, plantas carnívoras, animales rarísimos, todo esto es lo que hemos esperado — y, por supuesto, no hemos hallado—, ver en cada planeta nuevo en que desembarcábamos. Pero, francamente, hallar unos seres totalmente idénticos a nosotros en un planeta tan apartado, era ya demasiado.

Sin embargo, su actitud no parecía ser más correcta y amistosa. Hablaban de vez en cuando con nosotros, deletreando muy lentamente las palabras, a fin de que pudiéramos entender lo que decían, y nosotros correspondíamos en igual forma, de modo que al cabo de pocos minutos teníamos ya formado un pequeño vocabulario de los objetos más conspicuos que unos y otros llevábamos encima.

Mientras tanto, seguíamos caminando por el suelo del túnel, el cual, no tardé ya mucho en advertirlo, era totalmente liso; y esta lisura ya se debía a obra humana, lo mismo que las paredes del túnel, cuya anchura había aumentado al menos en el doble de su diámetro primitivo.

De pronto, Yawan se desvió a un lado, acercándose a la pared del túnel. Oprimió un determinado punto de éste y al instante una catarata de luz se derramó sobre nosotros.

Un grito de admiración se escapó de nuestros labios al instante.

La luz era brillante, pero no dañaba las pupilas. Alumbraba por completo el túnel, en todos los sentidos, sin que, a pesar de ello, pudiera verse su final. Y a una veintena de metros de nosotros estaba la primera máquina que veíamos jamás fabricada por manos no terrestres.

—¡Cielos! —musitó Halley—. ¡También construyen automóviles!

La palabra era exacta, quizá, en el sentido de ser un aparato capaz de transportar personas o cosas. Pero no en la forma, que era muy distinta de la convencional que nosotros conocíamos.

Estaba apoyado en el suelo, aunque no se le veían ruedas. Era enorme, al menos veinte metros de longitud por, cuatro o cinco de grueso, de forma cilíndrica, con la proa redondeada, como la de una bala de fusil. Hasta la mitad de la parte delantera, y situadas en dos pisos, se veían varias ventanas

de forma circular, bastante amplias. Se entraba en aquel extraño vehículo por una puerta situada a la mitad de su estructura, a la cual se accedía por medio de una escalera vertical que tenía todo el aspecto de replegarse automáticamente sobre sí misma.

Ellos se acercaron a la escalera. Yawan comenzó a trepar, al mismo tiempo que Shayra nos hacía señas para que le siguiéramos.

Nos miramos los unos a los otros. La curiosidad, al fin, pudo más que cualquier otra cosa y subimos.

Shayra en persona nos guió hasta una sala que parecía hallarse en la parte delantera del vehículo y cuya forma recordaba vagamente la de los cuartos de control de las astronaves. Pero se veían más comodidades y había, aparte de los que parecían instrumentos de mando, varias confortables butacas para sentarse, simplemente, y podían llevarse de un lado para otro, si así placía a su ocupante.

La muchacha se sentó en una de ellas, haciéndonos señas para que la imitásemos. Yawan apareció entonces y se dirigió al tablero de mandos, en el cual manipuló unos instantes. La luz se atenuó, quedando la cámara sumida en una suave penumbra, al mismo tiempo que una pantalla situada frente a nosotros se iluminaba con una gran claridad.

La pantalla vendría a tener unos dos metros de lado y en ella empezaron a aparecer diversos paisajes. Vimos primeramente una enorme llanura que no parecía tener fin, toda ella cubierta de fina hierba de color gris verdoso, surcada por algunos ríos de gran anchura y mansa corriente, sin que se advirtieran árboles ni otro género de plantas. Después, apareció ante nosotros lo que parecía una gigantesca autopista, llena de vehículos muy parecidos a aquel en que nos hallábamos, aunque de todos los tamaños, los cuales iban y venían a velocidades vertiginosas, sin que en ningún momento diesen la sensación de sufrir el menor accidente.

Más tarde, vimos una especie de bosque, compuesto por árboles de forma un tanto extraña, pero con color indudablemente vegetal, a excepción de las flores que aparecían con frecuencia en sus copas, cuyos colores no podían ser más vivos. La cámara atravesó raudamente el bosque y a su salida desembocó en un bellísimo panorama que nos hizo exhalar un instintivo y simultáneo grito de admiración.

Era una gran ciudad, cuyos límites no alcanzaba la vista y cuya, descripción resiste a todo intento de hacerlo. Enormes edificios, amplísimas avenidas, espaciosas plazas, grandes y alegres jardines, todo ello ocupado por una ingente multitud de personas vestidas más o menos como Shayra y Yawan, que iban y venían afanadas en sus diversos quehaceres, junto con una impresionante circulación de vehículos, éstos ya bastante más parecidos a nuestros automóviles y todos ellos de forma descubierta, lo cual indicaba su

objeto de servir al transporte urbano.

La exposición duró largo rato. Al terminar, Yawan encendió las luces y nos dirigió un corto parlamento, apoyado de idéntica manera por la muchacha. Naturalmente, no lo entendimos, pero sí las señas con que secundó sus palabras.

Miré a mis compañeros.

—Bueno — dije—. A lo que parece, quieren que vayamos con ellos a su ciudad.

—¿Y por qué no darles el gusto? — contestó Halley.

—¡Sería estupendo! —expresó el geólogo—. La verdad, me siento Colón descubriendo un nuevo mundo, capitán.

Yo me froté la mandíbula, harto preocupado. Había allí muchas cosas en las cuales pensar, la menor de las cuales no era el tiempo que íbamos a permanecer ausentes de nuestro campamento.

Traté de preguntarles la distancia que había desde allí a la ciudad, pero todos mis esfuerzos resultaron baldíos. Entonces, Yawan volvió a apagar las luces e hizo que se proyectase sobre la pantalla un mapa de un diseño completamente original.

Hasta el más lerdo hubiera comprendido que se trataba de una sección transversal del planeta. Naturalmente, estaba hecha a escala, y con los conocimientos que poseíamos, poco tardamos en averiguar la distancia que debíamos recorrer.

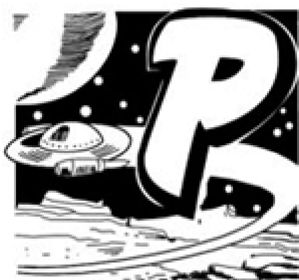
Francamente, me espanté. No por la distancia en sí, ni por el tiempo que hubiéramos de permanecer ausentes, sino por lo que suponía de ingente obra el recorrer todo aquel espacio hasta llegar a los lugares que nos habían sido enseñados en la pantalla. Y mis compañeros quedaron igualmente aturdidos.

—¡Sesenta mil kilómetros! — exclamó el segundo.

Sí, porque, aunque pueda parecer mentira, aquel túnel medía nada menos que sesenta mil kilómetros de largo. Sesenta millones de metros excavados en el seno da la masa helada que recubre el núcleo rocoso de Júpiter. Una obra fantástica, sin precedentes, pero realizada.

La curiosidad pudo más que cualquier otro sentimiento. Los tres, a una, movimos la cabeza afirmativamente.

CAPÍTULO V



IERRE BERTIL, topógrafo, estaba clavando unos jalones en el helado suelo de Júpiter, con objeto de tomar unas marcaciones para los futuros mapas que habían de levantarse de aquella zona, cuando, de pronto, vio algo que le hizo pensar inmediatamente en la estabilidad de su salud mental.

Bertil se encontraba a unos quinientos metros del campamento, en un lugar algo elevado sobre el mismo, de modo que podía dominar con la vista un amplio panorama. El cráter de hidrógeno hirviendo, las cataratas de lava que se desplomaban continua y silenciosamente sobre el lago de amoníaco, los muros de hielo y lava petrificada y las masas de nubes que corrían constantemente sobre su cabeza, eran ya algo que no le merecían la menor importancia, por demasiado visto en las tres semanas que ya llevaba la expedición en aquel lugar.

Por lo tanto, todo su afán estaba centrado en el trabajo que se le había encomendado. Tenía vuelta la espalda al campamento en el instante en que, al levantar el martillo para clavar el jalón en el hiela, levantó también la cabeza.

Por un instante pareció que su cuerpo había adquirido la rigidez de las masas sólidas que le rodeaban. Sus ojos y su boca se abrieron desmesuradamente, al mismo tiempo que de su garganta se escapaba un ronco sonido.

—¡Dios mío! —exclamó.

Tenía razón para asombrarse, porque habíamos desaparecido tres personas: Halley, Lewell y yo, y regresábamos cinco. Shayra y Yawan venían con nosotros.

Cualquiera que se hubiera hallado en su caso se hubiera sentido tan sorprendido como Bertil. Éste se puso en pie lentamente y nos miró como si fuéramos fantasmas.

De pronto dio media vuelta y echó a correr.

—¡Eh! —grité a través de la radio—. Que somos nosotros.

Bertil se detuvo y nos miró por encima del hombro, lleno de un pánico

más que justificado. Me adelanté hacia él, soltándome de la mano de Shayra.

—Soy yo, el capitán OFlagherty — dije—. Y éstos son mis compañeros Halley y Lewell.

Bertil se nos acercó, con una expresión de incredulidad retratada en sus ojos. Nos tocó con las manos, como para cerciorarse de nuestra existencia física, y luego posó su vista sobre nuestros acompañantes.

—¿De... de dónde los han... sacado, capitán? — balbució, intuyendo la verdad.

—Son nacidos en Júpiter y viven aquí, Bertil — repuse—; y tan humanos como nosotros mismos.

—¡Jesús! — resopló—. ¿Me he vuelto loco o...?

—Basta ya, Bertil — dije, un tanto amostazado—. Lo que le he dicho es la pura verdad. Estos dos jóvenes son nativos. ¿Acaso los ha visto usted con nosotros antes de ahora?

Sacudió la cabeza.

—No, capitán. Creo que... — y sin más, antes de que pudiera detenerle, dio media vuelta y echó a correr alocadamente, gritando como un energúmeno a través de su transmisor individual.

—¡Han aparecido, han aparecido! —chillaba—. ¡Y Júpiter está habitado! ¡Hay seres humanos!

La mayoría de los tripulantes estaban fuera de la nave. Unos por distracción, puesto que así lo recomendaba el médico, contra la posible claustrofobia que podía originar un prolongado encierro en el interior del casco, y otros trabajando en sus respectivos cometidos. Todos ellos suspendieron cuanto estaban haciendo en el momento de oír los alaridos del topógrafo.

Un enorme grupo de gente se reunió al pie de la nave, contemplándonos llegar. El primero en saludarnos fue el profesor Hauswitz.

También éste me cogió del brazo, como para cerciorarse de que era yo y no mi espíritu el que llegaba después de tres semanas de ausencia.

Lanzó un pintoresco juramento.

—¿Qué milagro es éste, capitán? —inquirió.

—Mejor será que vayamos arriba — dije—. Allí se lo explicaré todo.

—Sí, sí — dijo acaloradamente—. Estoy devorado por la curiosidad.

La plataforma nos izó a los seis rápidamente y, una vez hubimos llegado a la compuerta de acceso, volvió a bajar para transportar más gente. Abajo se

peleaban por encontrar un hueco en el montacargas.

Una vez dentro de la nave y en una atmósfera conveniente, nos despojamos de los pesados trajes aislantes. Cuando los cabellos de Shayra se desparramaron por sobre sus hombros, en una deslumbrante catarata, Hauswitz la miró con ojos de pasmo.

—¿De dónde ha sacado esta beldad, capitán? ¿O es un anticipo del paraíso de Mahoma?

Me eché a reír.

—Nada de eso, profesor. Esta muchacha se llama Shayra y es tan sólida como usted y como yo. Y cuidado con lo que dice; ya entiende bastante bien nuestro idioma.

—Bien, bien — refunfuñó el profesor—. Lo mejor será sentarnos y que nos expliquen detalladamente todo lo sucedido a partir del momento en que desaparecieron. ¿Dónde han estado?

—Antes de nada — respondí—, mejor será que lo vea por usted mismo, profesor. Lewell, el proyector.

—Sí, capitán — contestó el geólogo.

Tomó una caja que habíamos traído con nosotros y manipuló en ella, ayudado por Yawan. Unos instantes después las imágenes del país donde habíamos estado viviendo durante tres semanas aparecían ante los atónitos ojos del profesor y de muchos de los tripulantes que, de rondón, se habían ido colando en la cámara, atraídos por la increíble novedad.

Al terminar, se encendió la luz. Hauswitz se quitó las gafas, se las limpió y se las volvió a poner, continuando con la expresión de pasmo en su rostro.

Empecé a hablar:

—El país que ha visto, profesor, está situado en el interior de Júpiter. La vida es perfectamente normal en él, salvo, quizá, la adición de unos pequeños cinturones antigravedad, como los que puede ver llevan nuestros huéspedes. La gravedad, naturalmente, es menor a medida que uno se adentra en el núcleo del planeta, pero siempre superior a la normal terrestre, de modo que el uso del cinturón, a no ser que se esté en una habitación especialmente acondicionada, se impone.

»Todo lo demás: aire, luz, temperatura, etcétera, reúnen las mismas condiciones que las de la Tierra. Ya lo verá usted cuando venga allí, pues traemos, en unión de Yawan y Shayra, una misión de buena voluntad. Ellos nos ignoraban y nosotros los ignorábamos. A partir de este momento, son ya dos los planetas habitados de nuestro Sistema Solar, aunque, claro está, las circunstancias son distintas, pues mientras que nosotros vivimos en el exterior ellos lo hacen en el interior. Esto, sin embargo, no tiene la menor importancia;

todo es cuestión de hábito, y puedo asegurarle que en Elyan, como ellos llaman a su país, no echará de menos las condiciones de vida terrestres.

—Increíble — farfulló el profesor, terriblemente confuso.

—Pero cierto — aseguré rotundamente—. Y la presencia de Shayra y Yawan pueden confirmarlo.

—¿Quiénes son? ¿Qué es lo que hacen? — preguntó el profesor.

—A eso iba a referirme ahora — repuse—. Verá: Shayra y Yawan son hermanos. Viven en Elyan, en la capital —hay allí muchas ciudades tan grandes y hermosas como las terrestres—. De vez en cuando algunos de sus habitantes salen al exterior, pues se comunican por medio de numerosos túneles que perforan la envolvente del núcleo, con objeto de hacer estudios científicos. Es en una de estas ocasiones que nos encontramos con ellos y... bueno, cuando nos invitaron a ir a su ciudad no supimos resistirnos. Lamentamos haberles dado ese disgusto, profesor, pero así fue.

—El trabajo que nos dieron organizando expediciones de socorro. Les creíamos muertos o ahogados en algún lago de amoníaco.

—Afortunadamente, no ha sido así, profesor. Estamos vivos y bien vivos y, como puede ver, muy bien acompañados. Pero aún hay más.

Hauswitz me miró especulativamente.

—Elyan se rige por un Consejo de Once miembros. Hemos sido sus huéspedes de honor y, al enterarse de que no estábamos solos, han extendido la invitación a todos los miembros de la expedición para que nos traslademos a la capital y permanezcamos en ella durante el tiempo que deseemos. Ellos desean conocernos mejor y creo que a nosotros nos conviene lo mismo. Unos y otros tenemos conocimientos científicos que intercambiar y que nos serán útiles a ambas partes. El clima es benigno, la gente amable y hospitalaria, y el único inconveniente, el idioma, es fácil y sencillo de aprender.

Después de mi parlamento, el profesor se acarició la mandíbula.

—La ocasión, además de excepcional, es realmente única, capitán. Naturalmente, usted es el comandante de la nave, pero yo soy el jefe en la parte técnica. Sin embargo, ni uno ni otro tenemos capacidad ni autoridad para decidir por nosotros mismos.

—Muy bien — dije—. Entonces, reúnalos a todos; proyécteles la película y luego hábleles de Elyan. Creo que esto será más que suficiente para acabar de convencerlos a todos.

Hauswitz se echó a reír.

—Parece ser — dijo, mirando a Shayra—, que tiene usted muchas ganas de volver allí.

—Sí — dije, y tenía los ojos fijos en el rostro de la muchacha, la cual a su vez, me miraba a mí intensamente.

* * *

¿Es preciso decir que el enamoramiento había sido mutuo e instantáneo? Sí, Shayra y yo nos queríamos apasionadamente, pero todavía ignorábamos las rudas pruebas a que el destino nos había de someter.

Tal como yo había calculado, el afán de los casi cien terrestres por conocer aquel país inimaginado, superó todas las esperanzas. No hubo ni uno solo que, después de conocer personalmente a Shayra y a Yawan, no deseara llegar hasta Elyan. Los dos hermanos se hartaron de contestar preguntas a todo el que deseaba hablarles, satisfaciendo su curiosidad en la medida de lo posible.

Mientras tanto, se estaban haciendo los preparativos necesarios para emprender el éxodo. Se suspendieron todos los trabajos, se recogieron los instrumentos que no convenía permaneciesen en el exterior, y una vez listos, emprendimos la marcha hacia el túnel de acceso a Elyan.

No pudimos comunicar nuestro fantástico descubrimiento a la Tierra. Las comunicaciones radiales con nuestro planeta, una vez que se está en el espacio, se hallan sujetas a mil eventualidades y fluctuaciones, debidas a las radiaciones de otros astros, y una inoportuna tormenta magnética que envolvía totalmente a Júpiter, a una altura de unos cien mil kilómetros de su superficie, impidió por completo la emisión y recepción de cualquier mensaje. Pero esto no preocupó a nadie; el motivo general, en aquellos momentos, era conocer un nuevo mundo, hablar con otras gentes no nacidas en la Tierra y, en general, la excitación del sensacional descubrimiento impedía casi que se hiciese cualquier otra cosa que no fuesen las imprescindibles para emprender la marcha.

El suelo de la gran esclusa del túnel quedó sembrado de trajes y cascos, una vez hubimos atravesado la primera compuerta transparente. Acto seguido pasamos al otro lado.

Había dos vehículos, cada uno de los cuales sería pilotado, respectivamente, por uno de los hermanos, puesto que el Consejo de Once había juzgado oportuno no enviar más elyanos a recibirnos. Yo me acomodé al lado de Shayra, naturalmente, y al momento emprendimos la marcha.

Es fatigoso hablar de un viaje que, a razón de unos mil kilómetros a la hora, dura sesenta, o sea dos días y medio terrestres. No había literas para dormir, pero la comodidad de los sillones suplía lo necesario para el sueño.

Al final del viaje, el túnel empezó a ensancharse. Hasta entonces, no

habíamos visto nada que no fuese un confuso desfile de líneas blancas y grises a ambos lados del aparato. Pero muy pronto empezamos a ver una difusa claridad a lo lejos, delante de nosotros, claridad que por momentos fue acentuándose hasta convertirse en la luz de un día totalmente terrestre.

El vehículo redujo su marcha, dejándola en una moderada velocidad de unos cien kilómetros a la hora. Aquello permitió abrir las escotillas y dejar que el aire del exterior penetrase dentro de la nave.

Esta, como todas, me había olvidado decirlo, se movía por antigravedad, siendo impulsada en sentido horizontal por medio de chorros análogos a los de un cohete cualquiera. Al quedar suspendida sobre el suelo por dicho procedimiento, bastaba un ligero impulso para proyectarla en la dirección que se deseara, con lo cual, el peligro de las llamas disparadas por los chorros quedaba notablemente atenuado, ya que, a pequeña velocidad como la que llevábamos en aquellos momentos, los gases apenas si rebasaban el borde de salida de las toberas de escape.

El túnel desembocaba en una extensísima llanura, cuyo término no podía divisarse desde allí. Era lo primero que habíamos visto en las películas y todo el suelo estaba completamente cubierto de una espesa y fina hierba, surcada, en ocasiones, por anchurosos ríos de lenta corriente que se deslizaban, describiendo complicados meandros, hasta un mar completamente desconocido para nosotros.

El cielo era intensamente azul, surcado por grandes bancos de nubes de legítimo vapor de agua y reconfortante color blanco. Por encima de ellas y a una distancia imprecisa se divisaba un resplandeciente globo de fuego blanco amarillento, que era el sol que daba luz y calor a aquel extraño mundo sumido en las entrañas del mayor de los planetas de nuestro sistema.

Volamos por encima de aquella llanura durante tres o cuatro horas más, al término de las cuales divisamos una pequeña cadena de montañas, que el aparato franqueó sin mayores dificultades. Sus cimas eran redondeadas, gastadas indudablemente por la erosión de millares y millares de siglos, y en sus laderas empezaban a verse ya señales de plantas distintas a la hierba que hasta entonces había sido el único motivo vegetal que habíamos visto hasta entonces.

Al otro lado de las montañas vimos un enorme bosque, de centenares de kilómetros de extensión, atravesar el cual nos costó un par de horas, aproximadamente. Y, por fin, divisamos la ciudad.

Renuncio a describir la excitación que se apoderó de mis compañeros. Se agolpaban en las ventanillas, devorando el paisaje con los ojos, en tanto que de sus labios brotaban incesantes comentarios, llenos de vehemente alegría. Pensar en el regreso y lo que podrían contar, como asimismo la sensación que se causaría al hablar de un mundo extraterrestre habitado por seres

inteligentes con figura humana, era algo que, en general, nos traía locos y nos impedía razonar con la cordura que hubiera sido necesaria.

Shayra me tomó dulcemente una de las manos y me miró sonriendo.

—Parecen muy felices — dijo en su idioma.

—Compréndelo — repuse—. Para ellos, como para mí, es algo completamente nuevo y más que esto, inesperado.

—¿No pensasteis nunca que Júpiter pudiera estar habitado?

Moví la cabeza negativamente.

—Los exámenes hechos por nuestros científicos desde la Tierra tanto con los telescopios como con los espectroscopios demostraban que la vida, tal como la entendemos nosotros, no podía existir. Esto no quería decir forzosamente que no hubiera formas de vida cuyo metabolismo no se adaptase a la atmósfera exterior del planeta. Pero que su interior estuviese habitado, y por una raza de civilización tan adelantada o más que la nuestra, eso, por supuesto, no nos había pasado jamás por las mentes.

—¿Te agradan mis compatriotas, Dennis?

—Los he encontrado amables y sinceros, Shayra, además de hospitalarios. Estoy deseando volver a la Tierra contigo y con algunos de los vuestros para poder corresponderos en la misma forma.

El rostro de Shayra se nubló repentinamente.

Me alarmé.

—¿Qué te ocurre? — pregunté.

Ella volvió la cabeza a un lado, sin contestarme.

Le tomé la barbilla con la mano y le hice volver nuevamente el rostro.

—Por favor, Shayra, ¿he dicho algo que pudiera ofenderte?

Trató de sonreírme, pero sus esfuerzos tuvieron escaso éxito.

—No..., no es eso, Dennis, sino que...

Me pareció comprender.

—He hablado de llevaros con nosotros a la Tierra. ¿Es eso lo que te ha disgustado?

—Sí — dijo con voz apenas audible.

—¿Por qué?

—Lo... lo siento, Dennis. Perdóname, pero..., pero no puedo contestarte. Te ruego no vuelvas a mencionar tal posibilidad.

Me mordí los labios, con más decepción que despecho.

—Está bien — dije—; si tú lo quieres... — y desvié la conversación, llevándola hacia otros derroteros.

Volábamos ya sobre la ciudad. Siendo la nuestra una nave de gran tamaño, circulaba a mayor altura que los vehículos de pequeño transporte, los cuales se deslizaban por canales de tránsito claramente delimitados por las rectilíneas calles y avenidas de la urbe. La velocidad se había reducido también y poco a poco fuimos acercándonos a un gigantesco edificio, de poca altura relativamente, pero de enorme extensión, que ya conocía de mi anterior estancia y en el cual se albergaba el gobierno de Elyan y todas sus dependencias anejas.

Suavemente, con infinita lentitud, la nave fue perdiendo altura hasta posarse en el centro de un gran patio, de suelo liso y espejeante, situado frente a una gran puerta, por la cual salían en aquel momento varios dignatarios jupiterianos.

Abierta la escotilla, saltamos a tierra. Esperamos allí, unidos al grupo que había viajado en la otra nave, hasta que uno de los individuos que habían salido del edificio nos hubo saludado.

—Bien venidos a nuestro país, terrestres — dijo—. Yo fui el traductor de sus palabras para que todos mis compañeros pudieran escucharlas.

—Nos alegramos de que hayáis venido desde una distancia tan lejana — prosiguió el hombre, cuyo nombre era Jhandar—, venciendo toda clase de obstáculos, y también nos alegramos de saber que hay otro planeta habitado por personas idénticas a nosotros. El Consejo de Once, que gobierna el país, ha decidido nombraros huéspedes de honor y, por tanto, mientras dure vuestra estancia aquí, no tendréis que preocuparos de nada. El menor de vuestros caprichos será satisfecho, siempre que esté en nuestras manos poder proporcionároslo. Y ahora — concluyó tras corta pausa—, si tenéis la bondad de seguirme, os enseñaré vuestros alojamientos, en donde podréis asearos y reparar vuestras fuerzas. El Gran Bellar, presidente del Consejo de Once, desea daros la bienvenida en persona dentro de dos horas.

Me despedí momentáneamente de Shayra, prometiendo vernos después de la audiencia de Bellar. Me uní al grupo general y, entremezclado con ellos, subí los peldaños de la escalinata que conducía a nuestros alojamientos.

CAPÍTULO VI



L Presidente del Consejo de Once, Bellar, que gobernaba el país, era un anciano de noble porte y todavía bizarro continente, en cuyo rostro se veía la franqueza y la bondad de alma. Estaba rodeado de los otros diez miembros del Consejo, sentados todos en sendos sillones de curvo respaldo, en una gran sala que servía para las reuniones del mismo y donde se adoptaban las decisiones que servían para la buena marcha de los asuntos del país.

Jhandar fue el que nos introdujo en el salón. Habíamos comido después de bañarnos y asearnos, vistiéndonos con ropas que nos habían sido facilitadas por los mismos habitantes de Elyan y que no diferían mucho de las que éstos utilizaban en aquel país de tan agradable y constante temperatura.

Salvo Jhandar y algunos otros funcionarios que vimos, yendo de un lado para otro, sin duda atareados en sus labores, no pudimos advertir algo que en nuestro planeta es consubstancial no importa con cualquier clase de gobierno, sea cual sea la forma de éste: guardias armados. Allí no vimos a nadie que llevase un arma, ni siquiera un mal cortaplumas y yo, que lo había observado ya durante mi estancia anterior, empecé a preguntarme si no habríamos caído en Utopía, el lugar perfecto donde todos sus habitantes son perfectos.

El parlamento de Bellar fue breve pero enjundioso.

—Sed bienvenidos a nuestro país, terrestres — y de nuevo hube de servir de intérprete—. Os halláis en lo que vosotros llamáis Júpiter y nosotros Elyan. El nombre, sin embargo, no hace el caso. Es indiferente. Lo que ya no lo es tanto es el sincero júbilo que sentimos al conocer que hay otro planeta habitado en nuestro sistema y que vosotros sois sus dignos representantes. Podéis ir donde queráis, vagar por donde lo deseéis y hacer todo cuanto se os antoje en el lugar que se os apetezca, siempre, naturalmente que respetéis las leyes del país, que puede reducirse a una sola: respetad a vuestros semejantes.

»Podréis permanecer aquí cuanto queráis. Tenemos adelantos e inventos científicos, cuyos secretos os comunicaremos con mucho gusto. También esperamos que vosotros nos enseñéis algo nuevo; la hazaña de atravesar la distancia que separa ambos planetas indica los magníficos adelantos de vuestra civilización. Nadie os dirá nada ni pondrá trabas a vuestras preguntas;

como a huéspedes predilectos se os acoge y como a tales se os tratará. Nadie os dirá que lleváis demasiado tiempo en el país, pero es lógico que un día sintáis nostalgia del vuestro. Si entonces queréis marcharos, nadie, tampoco, os retendrá. Y, siempre que volváis, seréis bien acogidos sí, como esperamos, por vuestro comportamiento anterior os habéis hecho acreedores a una segunda bienvenida. Eso es todo.

Después de una corta pausa, Hauswitz se adelantó un paso al mismo tiempo que levantaba la mano derecha. Bellar le miró con interés.

—Excelencia, le agradecemos sus palabras — dijo el profesor—. No tengo cargo oficial que pueda autorizarme para ello, pero, sin vana presunción, puedo asegurarle que, en el caso contrario, es decir, cuando alguno de ustedes decida ir a nuestro, planeta, recibirá una acogida tan entusiasta, si no mayor, que la que nos han hecho a nosotros. Es más — añadió—, por propio bien común, desearíamos que así fuera, es decir, que cuando lo tuvieran por conveniente, enviaran una embajada a la Tierra, con objeto de establecer relaciones permanentes que asentaran y aumentaran las tan felizmente iniciadas con nuestra llegada a este noble país.

Bellar sonrió ampliamente en tanto movía suavemente la cabeza.

—Gracias por tus palabras, profesor Hauswitz —antes de que éste hablara, yo le había traducido sus títulos y cargo oficial, como jefe técnico de la expedición—. Sin embargo, y aun deplorándolo enormemente, temo que tales viajes, al menos por parte nuestra, no se han de producir.

—¡Cómo! — se sorprendió Hauswitz—. ¿Es que, con la civilización tan adelantada que poseen, no han conseguido dominar los secretos de la Astronáutica?

—Por supuesto que sí — volvió a sonreír Bellar—. Pero no la practicamos.

—Es increíble, absurdo — murmuró el profesor y yo me cuidé muy bien de traducir tales palabras—. ¿Acaso hay alguna ley que lo prohíba?

—Digamos que sí, pero no me lo preguntes, profesor. Lamento vivamente no poder responderte, y ésta será, posiblemente, la única cuestión que no debéis plantear, por el interés de unos y otros.

Hauswitz se inclinó.

—Lamento haberle disgustado, Excelencia, y le prometo solemnemente que tanto yo como mis hombres no formularemos nunca una pregunta en tal sentido.

Bellar se puso en pie. Entendimos con ello que la audiencia había concluido.

En el salón inmediato, formamos inmediatamente varios corrillos, en los

cuales se comentaba excitadamente el resultado de la entrevista. El tema común era la negativa de los elyanos, o jupiterinos, que de ambas formas les llamábamos, a viajar por el espacio.

Hauswitz se mostraba hondamente preocupado por tal aspecto de la cuestión.

—No lo entiendo, francamente — decía—. Siempre ha sido empeño secular del hombre viajar por el espacio, y estos seres, que pueden indiscutiblemente conseguirlo, se niegan rotundamente, no ya a efectuarlo, sino ni siquiera a hablar del asunto.

—Parecen muy realistas — apuntó Halley—, pero ello no implica quizá que alguna vieja y arraigada superstición, que ellos toman como artículo de fe, se lo impida.

—Sea como sea — corté—, no debemos hablar de ello. Se nos han entregado de todo corazón y debemos corresponderles en el mismo tono. Hacer cualquier otra cosa sería, además de mostrarnos desagradecidos, portarnos como indignos representantes de las gentes que pueblan nuestro planeta.

—Justamente es lo que estoy pensando, capitán — dijo el profesor—, y a partir de este momento, debemos prohibir que se toque el tema, ni aun en nuestras conversaciones estrictamente privadas.

Así se acordó, aunque, en el fondo, todos estábamos profundamente intrigados por tal actitud. Pero a mí se me pasó en seguida la preocupación, porque vi a Shayra.

La abracé y besé apasionadamente, sin que ella hiciera nada por rehuir mis caricias, provocando con ello, la lógica y natural envidia de mis compañeros. Después, tomándola de la mano, salimos del edificio.

Conté todo lo que nos había sucedido durante la audiencia, incluyendo el tema vedado de la astronáutica, pero sin preguntar las causas de su aversión hacia el mismo. Ella no dijo nada, pero advertí que se ponía seria cuando se lo mencionaba. Sin embargo, tenía la confianza de que un día u otro acabaría por contármelo y, puesto que no tenía prisa, decidí relegarlo al olvido.

Los días pasaron en una sucesiva delicia de continuas fiestas y agasajos. Los habitantes de Júpiter, como ya he dicho, son enormemente hospitalarios y acogían a los tripulantes de la «Casiopea» con gran afecto y benevolencia. Por todas partes donde íbamos no recibíamos más que muestras de su cortesía y aun de su cariño. Y no fui yo el único en iniciar el idilio. Por regla general, las mujeres de aquel planeta son bellísimas y muy bien formadas y ello, forzosamente, había de atraernos a nosotros los terrestres.

Pasó el tiempo, un mes, dos, quién lo recuerda ahora. Sólo sé que a cada día que transcurría, Shayra y yo nos sentíamos más profundamente

enamorados, como si hubiésemos sido hechos el uno para el otro.

Alguna vez, ella, en unión de su hermano y algunos otros tripulantes, también acompañados de sus respectivas parejas femeninas, salimos al exterior, con ánimo de revisar nuestra cosmonave, la cual continuaba en el mismo estado en que la dejamos. Algunas revistas que habíamos llevado sirvieron a los elyanos para darse una modesta idea de cómo es la Tierra, pero, desgraciadamente, no habíamos llevado películas informativas que pudieran saciar su sed de conocimientos. Teníamos, es cierto, cintas destinadas para nuestra distracción durante el largo viaje espacial, pero me negué en rotundo a proyectarlas. Dado su idiosincrasia tan especial, aquellos «films» de aventuras cuando no de ardientes pasiones, hubieran no sólo causado estragos en aquellos espíritus tan sencillos, sino que, además, les hubieran dado una idea completamente equivocada de cómo son la mayoría de las gentes en nuestro planeta.

Lo único que hice fue proyectarles una copia de un viejo film de dibujos animados: «La Cenicienta»; y puedo asegurar que tuvo un éxito rotundo. Se horrorizaron cuando la madrastra envenena a la pobre Cenicienta, pues no comprendían que una persona humana pudiera portarse de tal modo, pero su alegría fue enorme al presenciar su «resurrección» y posterior enamoramiento del Príncipe Azul.

Aquello era demasiado perfecto para durar. Los terrestres tenemos esa mala cualidad; pronto nos cansamos de todo, aun de ser felices. Y no tardé mucho en tener las pruebas de ello.

Como he dicho anteriormente, nos habíamos alojado en el palacio del gobierno, en donde nos habían concedido sendas habitaciones, sin lujos excesivos, pero cómodas y confortables. Un buen día, cuando me estaba arreglando para salir en busca de Shayra, muy preocupado porque quería plantearle el dilema de nuestro matrimonio y no sabía cómo empezar, oí ruido de voces: risas y gritos.

Se producían fuera de mi cámara, en el amplio pasillo que conducía a la misma. Y los gritos no parecían de júbilo precisamente.

Terminé de sujetarme el cinturón antigravedad, el hecho en Júpiter, no el nuestro, mucho, más incómodo y molesto de llevar, y salí fuera.

Apenas hube abierto la puerta, comprendí la causa de todo aquel jaleo.

Dos de los tripulantes, Petersen y MacLaren, reían como locos, en tanto que sujetaban a una nativa, joven y muy bella, impidiéndola huir. Y los dos tenían en sus manos algo que allí me pareció tan fuera de lugar como un traje de baño en el polo Norte.

Cada uno de los dos tenía una botella en la mano, y ambas estaban más que mediadas de licor. Al menos, eso es lo que me pareció desde un principio.

Y así era, puesto que más tarde averiguaría que el alcohol obtenido y con el cual se habían embriagado, procedía de la destilación del jugo de las frutas que nos servían con las comidas. En Júpiter se desconocía el alcohol, o por lo menos, nosotros no lo habíamos visto basta entonces y era evidente que aquellos dos individuos, hartos de tal privación, habían decidido proporcionárselo ellos mismos.

Electivamente, estaban embriagados, aunque no tanto que el licor les hubiera privado del total conocimiento. La muchacha gritaba y forcejeaba, tratando de desasirse de aquel par de granujas, pero era evidente que sus esfuerzos no obtenían el resultado apetecido.

La indignación me hirvió en el pecho. Saltando hacia adelante, me planté firmemente ante ellos, que me miraron.

—¡Suéltenla! — ordené con acento tajante.

Ella me miró con ojos de súplica. Petersen y MacLaren parecieron asombrarse de mi orden.

—He dicho que la suelten — dije—, y no pienso repetírselo. ¿De este modo — les reproché — pagan las bondades que tienen con nosotros?

Petersen era el más gallito de los dos. Abrió su mano y el brazo de la joven quedó libre, cosa que ella aprovechó para huir al instante.

—Poco a poco, capitán — dijo Petersen con acento desafiador—. ¿Quién se ha creído que es para meterse en mis asuntos particulares?

La actitud de Petersen animó a su compañero de bacanal.

—Eso es. ¿Qué le importa a usted lo que hacemos o dejamos de hacer fuera de nuestro servicio a bordo de la astronave?

Dado el estado en que se hallaban, consideré lo más oportuno cargarme de paciencia. Y obré en consecuencia.

—¿De dónde han sacado ese licor? —pregunté, señalando las botellas.

MacLaren levantó la suya y se atizó un soberano trago. Luego se limpió los labios con el dorso de la mano.

—Lo hemos hecho nosotros, capitán. Y está riquísimo, puedo garantizárselo. ¿No quiere echarse un traguito?

Largué un manotazo que impactó en la botella y la proyectó con terrible violencia contra el muro frontero. La vasija se rompió con gran estrépito de vidrios fragmentados y el licor se esparció instantáneamente contra el suelo.

—¡Son ustedes unos canallas! —les increpé rudamente, sin ninguna consideración—. ¡Bonito papel nos están haciendo desempeñar ante los nativos de este planeta! ¿Es que los han tomado como propiedad suya?

—Poco a poco, capitán — dijo Petersen, dando dos vacilantes pasos hacia mí —Usted no tenía derecho a hacernos lo que nos ha hecho. No pretendíamos causarle ningún daño a la chica. Sólo queríamos darle un besi...

De la misma forma que había hecho con MacLaren, le arrebaté la botella a Petersen y la estrellé contra el suelo. Una tufarada de alcohol invadió mi olfato.

El rostro de Petersen adquirió el color de la púrpura.

—¡Capitán! — aulló.

—¡Retírense inmediatamente a su habitación! — les ordené—. Retírense y no salgan de ella hasta que les comunique mi decisión, ¿me han oído?

—¿Es que se cree usted que se encuentra a bordo de la nave? Aquí estamos en tierra firme, y fuera de la «Casiopea» usted no tiene ninguna autoridad — chilló MacLaren.

—Eso es — gritó también el otro—. Usted no puede mandarnos aquí. Lo que hagamos es por cuenta nuestra, ¿estamos?

Aquello era ya más de lo que podía soportar, aun considerando el estado de embriaguez en que se hallaban aquellos tipos. Sin poder contenerme, alargué la mano y estampé con todas mis fuerzas el puño cerrado contra el rostro de Petersen.

Éste se derrumbó como una masa, pero antes de que cayera, MacLaren saltaba ya hacia mí.

Sentí el impacto de sus nudillos en mi pómulo derecho. El golpe me hizo perder momentáneamente el equilibrio y retrocedí, trastabillando.

No tardé en recuperarme y salté de nuevo hacia adelante. Pero no había contado con las duplicadas fuerzas que el alcohol infundía a MacLaren, un individuo con el que, normalmente, no hubiera tenido para empezar tan siquiera.

Durante unos momentos, nos golpeamos ferozmente, en un terrible cuerpo a cuerpo. Después, solté un derechazo que afectó el mentón de MacLaren y le hizo retroceder.

Me dispuse para rematarle. Pero en aquel momento, el destino torció las cosas.

Alguien gritó mi nombre.

—¡Dennis!

Cometí un error.

No pude evitar volver la cabeza instintivamente. A diez metros de mí, con los ojos dilatados por el terror y el semblante invadido por una mortal palidez,

se hallaba Shayra.

Esto fue mi perdición, pues me distrajo. Cuando percibí el ruido de MacLaren que se abalanzaba sobre mí, recordé la empresa en que me había metido.

Volví el rostro, justamente a tiempo para recibir un demoledor impacto en la mandíbula. El hueso crujió de tal modo que pareció me estallaba el cerebro. Ni siquiera me enteré ya de que se me doblaban las rodillas y me desplomaba al suelo como un saco vacío.

Lo primero que vi al despertarme fue el hermoso rostro de Shayra inclinada sobre mí.

Pronto pude darme cuenta de que me hallaba en mi propia estancia. Con gesto maquinal, me cogí la barbilla con la mano y la moví ligeramente de derecha a izquierda.

—Aún duele — dije, haciendo una mueca que quería parecer una sonrisa.

Pero ella no sonreía.

Por el contrario, sus lindos ojos aparecían cubiertos de lágrimas.

Me senté en el lecho y la miré fijamente.

—Habla — refunfuñé—. No te estés callada. ¿Es que sucede algo?

—¿Te parece poco lo que ha ocurrido hace unos momentos, Dennis?

Desvié la vista, avergonzado por el reproche no del todo velado que encerraban sus palabras.

Para disimular, pregunté:

—¿Quién me ha traído aquí?

—Los mismos que te golpearon, Dennis.

—¿Dónde están? — mascullé, disimulando la ira que sentía.

Ella movió levemente los hombros.

—No lo sé.

Me miraba fijamente, pero no se sentía muy inclinada a hablar. Esto me fastidiaba bastante, pero, como la quería, no podía forzar la marcha. Claramente se adivinaba su hondo disgusto por lo que había ocurrido.

Comprendí que era yo el que debía iniciar la reconciliación.

—Shayra, verás, yo..., bueno, lo siento mucho. Naturalmente, has de darte cuenta de que yo no tuve arte ni parte en... Ellos fueron, y no yo; yo he tratado de evitarlo, pero ya ves qué caso hicieron de mi autoridad... Además, no sé cómo...

—Dennis — murmuró, interrumpiendo mis balbucientes excusas.

—¿Qué quieres?

—¿Sois todos así?

—No te entiendo — murmuró desganadamente, pero mintiendo con todo descaro.

—Tú ya sabes lo que te digo, Dennis. No me vengas con evasivas.

—Bueno, verás... Yo... Claro que no todos somos así; nadie tiene la culpa de que haya dos individuos como Petersen y MacLaren. Merecían estar encerrados y si de mí dependiera...

—Esa no es una respuesta adecuada a mi pregunta, Dennis.

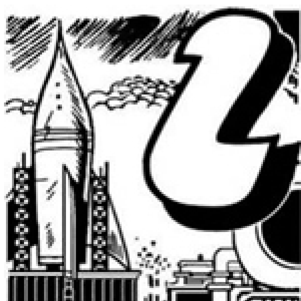
La fijeza de sus ojos, que tanto me gustaba en ocasiones, ahora me molestaba más de lo debido. Comprendía que ella tenía razón, que, aunque lo que yo había hecho se debía a mis intenciones de evitar un desaguisado, ello no impedía para que hubiéramos dado una estupenda demostración de lo bestias que sabemos ser los terrestres en ocasiones. Y francamente, me sentía avergonzadísimo, al mismo tiempo que veía que aquello no era una forma de comportarse digna de la maravillosa hospitalidad que habíamos recibido.

Unos nudillos tocaron en la puerta. Di permiso y Halley penetró en la estancia.

—Capitán — dijo—, el profesor Hauswitz ha reunido toda la tripulación en el comedor y le agradecería su presencia allí, siempre que se encuentre en condiciones de acudir.

—Iré inmediatamente — dije, agarrándome al clavo ardiendo que me ofrecían.

CAPÍTULO VII



OS ochenta y tantos tripulantes de la «Casiopea» estábamos en el gran salón que nos servía de comedor, la mayoría sentados en torno a la larga mesa donde comíamos, aunque algunos permanecían en pie, apoyados en las paredes o bien con las manos en los respaldos de las sillas. Pero todos, sin excepción, tenían fijos los ojos en tres personas.

Una de ellas era el profesor Hauswitz y las otras dos, inmediatamente sentadas a su derecha, eran los tripulantes Petersen y MacLaren. El primero parecía algo avergonzado de su fechoría, en tanto que el segundo sonreía cínicamente, como si lo que había hecho una hora antes fuese algo digno de elogio.

Había una silla vacante a la izquierda del profesor y allí fue donde yo tomé asiento. Hauswitz se fijó en el moretón que adornaba mi mandíbula, pero no dijo nada.

—Bien — exclamó apenas hube tomado asiento—, creo que ya estamos todos, pues ha venido el que faltaba.

Miró con severidad a los dos culpables y prosiguió:

—Hace unos momentos, ha ocurrido un incidente cuyo más leve calificativo es el de desagradable. Los otros que se le pudieran aplicar ofenderían nuestros oídos. Mientras llegaba el capitán OFlagherty, hemos oído la versión que de dicho suceso han dado Petersen y MacLaren. Escuchemos ahora al capitán.

Dije todo lo sucedido, sin omitir detalle. No cargué la mano innecesariamente sobre aquel par de tipos, pero tampoco les alivié de su culpa.

En cinco minutos estuve listo. Entonces, Hauswitz dijo:

—Es un mal asunto este en que nos hemos metido, por culpa de dos individuos que no han sabido controlar sus sentimientos. Todos hemos podido apreciar la magnífica hospitalidad y el maravilloso trato que los habitantes de Júpiter nos han dispensado hasta ahora. Por lo mismo, mi opinión es que

nosotros debíamos habernos comportado en la misma forma y el hecho de que los dos culpables sean una ínfima minoría, afortunadamente sin relación con los demás, no nos exime al resto de los calificativos que seguramente, nos están aplicando en este momento los nativos. Por tanto, estimo de todo punto necesaria la aplicación de una sanción que, además de servir de ejemplo para el resto, implique también un correctivo para los dos desgraciados, porque no merecen que se les llame de otro modo, que en tan mal lugar han dejado a los habitantes de nuestro planeta.

»Todos hemos salido malparados.

»Es evidente — continuó el profesor—, que lo procedente sería levantar el campo inmediatamente y hacer que nos llevaran al exterior, para emprender el regreso en el acto. Sin, embargo, ello no es posible, por cuanto he encargado al doctor Smithers y al profesor Albinio la redacción de un extenso informe sobre Júpiter y sus habitantes, así como de sus medios de vida, grado de civilización, historia, costumbres, etcétera, y este informe, que pienso presentarlo en la Tierra a mi regreso, no está concluido todavía. Considero el informe como algo básico para el establecimiento de relaciones normales entre ambos pueblos y por ello nos resulta imposible volver en el acto, como sería mi deseo, a fin de evitar incidentes como el que ha sucedido hace unos momentos.

»Sin embargo, es evidente que no podemos dejar el hecho sin castigo. Petersen y MacLaren; olvidando todos los beneficios recibidos, olvidando la maravillosa forma de vivir que tienen los jupiterinos y que compartimos plenamente, olvidando, en fin, todas las recomendaciones recibidas, han cometido un crimen casi peor que el que en nuestro planeta sería un asesinato. No estoy dispuesto a que nos juzguen a los demás como iguales a ellos y por tanto, propongo se les tenga encerrados con guardias de vista, sin salir de sus habitaciones hasta el momento de emprender el regreso.

Hauswitz hizo una pausa.

—Espero que comprendan que hago esta proposición por el bien común. Si hay alguno disconforme, que levante la mano y explique los motivos de su desacuerdo. Le escucharemos con toda atención.

No se levantó ni una sola mano. Mejor dicho, una: la del propio MacLaren, cuya desvergonzada sonrisa no se borraba un instante de su rostro.

—Creo que se le olvida algo, profesor — dijo con tono displicente—. Los acusados tienen derecho a defenderse, ¿no?

—¿No cree usted que su caso no tiene defensa posible, MacLaren? — replicó Hauswitz, lanzándole una acerada mirada.

—¿Cree, usted — contestó el tripulante en el mismo tono—, que el caso merece el castigo que usted trata de imponemos?

—Que trato, no; que se les ha impuesto, por común acuerdo de toda la tripulación, lo cual es muy diferente.

—De modo que, por el solo hecho de intentar dar un beso a una nativa, nos van a tener en chirona hasta el momento de partir — dijo Petersen, hablando por primera vez.

Estaba pálido de rabia.

Entonces fue cuando yo intervine. No me pude contener y golpeé la mesa con todas mis fuerzas;

—¡Ese es su error! —exclamé—. Están considerando a los habitantes de Júpiter como salvajes o cosa por el estilo; y, si les dejásemos, tomarían esclavos para su uso particular. Se engañan ustedes; estas gentes no son indios ni negros de los cuales se pudo disponer en ciertas épocas para solaz capricho o ayuda de los blancos. Valen tanto, si no más, que nosotros mismos; y si hay algo de lo que no dude, es de que no permitiré que nada de lo que ha ocurrido vuelva a suceder. Y lo haré al precio que sea, ¿me entienden todos?

MacLaren se echó a reír.

—Bueno, bueno, capitán, no se sulfure tanto. Nosotros no tenemos la culpa de que se haya enamoriscado de la azulina esa, ¿eh, tú, Petersen?

Hauswitz tuvo que contenerme, de lo contrario hubiera saltado por encima de la mesa para abofetearle.

—Deje en paz a Shayra, y no se le ocurra mencionarla para nada, MacLaren, inmundo bastardo, o de lo contrario le machacaré el rostro a patadas.

El tipo vio que la cosa iba en serio y recogió velas. Farfulló algo ininteligible y acabó por callarse.

—OFlagherty — dijo el profesor—, dejo en sus manos la ejecución de la sentencia.

—Sí, señor. ¿Halley?

—Capitán.

—Tome los hombres que necesite y llévese a estos dos individuos a sus habitaciones. Establezca un servicio permanente de guardia, de modo que no puedan salir de ellas bajo ningún pretexto. Que tampoco entre nadie que no sea el que les lleve la comida. Y, por último, establezca los relevos de modo que nadie se sienta fatigado ni quejoso.

—Sí, capitán — repuso el segundo poniéndose en pie—. Turbott, Spaulding, quedan nombrados para la primera guardia. Llévense a Petersen y MacLaren.

Fuera, me esperaba Shayra, con una expresión de ansiedad retratada en su lindísimo rostro. Salíamos todos juntos, casi en tropel, y para apartarla de la multitud, la tomé por el brazo, llevándomela lejos de allí.

—Creo — dije, cuando estuvimos a solas — que todo está ya solucionado, querida. Esos dos hombres han sido castigados y no volverán a causar molestias a nadie.

Ella trató de sonreír, con poco éxito.

—Celebro infinito que lo hayáis tomado así, Dennis.

—Era lo menos que podíamos hacer, cariño.

Estábamos en una gran terraza encristalada, situada en la parte más alta del edificio del Gobierno, desde donde se divisaba una magnífica vista de la capital. Frente a nosotros había una anchurosa avenida, por donde iban y venían incesantemente miles y miles de vehículos, todos ellos ocupados por elyanos, lo cual constituía un abigarrado espectáculo de gran colorido y animación. Apenas si se veían peatones, como no fuese para cortos trayectos; la inmensa mayoría del tránsito se hacía por medio de aquellos vehículos, tan parecidos a los terrestres, con excepción de las ruedas de que carecían en su totalidad, moviéndose por medio de livianos y diminutos generadores de campos antigravitatorios.

Shayra movió la cabeza con gesto pesimista.

—Preveo grandes males, Dennis.

—¡Bah! No seas tonta. Todos no somos como ellos.

Pero, por más que lo intenté, no pude apartar de su mente aquellas negras ideas. Y por primera vez desde que nos conocíamos disputamos agriamente, llegando a separarnos malhumorados y descontentos.

Ella se marchó, dejándome sumido en un estado de desagradable amargura. Yo comprendía sus razones, pero, al mismo tiempo, me había visto obligado a defender al resto de los tripulantes que no habían causado el menor daño a los habitantes de Júpiter. Y entonces fue cuando empecé a temer por nuestro futuro, me refiero al de Shayra y mío.

Me quedé en el mismo sitio, entregado a mis desagradables pensamientos. Alguien vino a interrumpirlos.

Era Yawan, el hermano de Shayra.

—Dennis, te agradecería tuvieras la bondad de acompañarme.

—¿Sucede algo? —inquirí.

—Bellar quiere veros.

Fruncí el ceño, intuyendo que el interés del presidente del Consejo de

Once se debía al incidente. No le habíamos vuelto a ver desde el día de la recepción y el hecho de que nos llamase entonces, podía considerarse como una singular apreciación de la gravedad del caso.

Seguí a Yawan, el cual me acompañó hasta una puerta metálica que yo no había visto aún. Hauswitz estaba frente a ella y le pude advertir inquieto y desasosegado.

—¿También a usted le han llamado, capitán? — preguntó.

—Puede verlo — gruñí.

Yawan se fue, dejándonos solos. Esperamos unos minutos, al cabo de los cuales la puerta se abrió sola.

Bellar estaba en una amplia estancia, brillantemente iluminada por la luz de un gigantesco ventanal de forma circular que tenía a su izquierda y que alcanzaba del techo al suelo. La habitación estaba amueblada con un lujo sencillo y cómodo: una gran mesa, tras la cual se hallaba él estudiando unos documentos, que un pequeño proyector hacía pasar ante sus ojos; un par de sillones y un largo diván situado al pie del ventanal.

—Sentaos — dijo el Presidente — y aguardad unos instantes.

Bellar continuó el examen de los documentos que aparecían en la pantalla del proyector, durante unos cinco minutos más, al cabo de los cuales suspendió el funcionamiento del aparato. Entonces juntó las yemas de sus dedos, apoyó los codos en el borde de la mesa y nos miró.

—Estoy enterado de lo sucedido, profesor, capitán.

—Nosotros somos los primeros en lamentarlo, Excelencia — dijo Hauswitz—. Si ha recibido informes exactos, sabrá que a estas horas ya se han puesto en práctica las medidas disciplinarias que hemos adoptado contra los dos individuos que han osado turbar el orden y la paz de vuestro país.

—Celebro infinito vuestra reacción, profesor. Es verdaderamente lamentable que dos hombres cultos y educados, como lo son Petersen y MacLaren, hayan cometido un hecho tan repugnante. Pero, muy posiblemente, ellos no tienen la culpa de lo sucedido.

Respingué. Aquello era demasiado.

—Excelencia... — empecé a decir.

Bellar levantó una mano, interrumpiéndome.

—La culpa es de la educación recibida. Sí, ya sé que esto puede pareceros extraño, pero así es. Ellos han creído que, por el simple hecho de llegar a Júpiter y encontrarlo habitado por una raza que no se mueve de su mundo, pese a su innegable grado de civilización, han de ser superiores a nosotros y, por lo tanto, permitírseles unas libertades que a nosotros nos están vedadas.

—Es posible que ellos lo hayan creído así, Excelencia. Sin embargo, el resto, o sea la mayoría no opinamos de tal manera.

—Lo he visto claramente, capitán. Ahora bien, el motivo de mi llamada no es para discutir acerca de vuestras cualidades o de las nuestras, sino para intervenir en la sanción que les habéis impuesto a esos dos individuos.

Fruncí el ceño. Aquello empezaba a disgustarme. El pecado, visto desde el ángulo terrestre, no tenía gran importancia, especialmente si se consideraba que había sido cortado en flor apenas iniciado. Pero ¿no tendrían los elyanos otro género de sanciones infinitamente más severas que la que nosotros les habíamos impuesto?

El solo pensamiento de ello erizó mis cabellos. No obstante, pronto pude advertir que mi fantasía volaba demasiado alta.

—En Elyan no imponemos castigos, porque no cometemos delitos — dijo Bellar—. Esos dos hombres, evidentemente, cometieron una falta. Ahora bien, castigándola del modo que lo habéis hecho, lo único que conseguiréis será crearles un resentimiento que a nada bueno puede conducir, si no es a una agravación de las circunstancias. Por lo tanto, ahora mismo, apenas hayáis salido de esta habitación, iréis a las suyas y les dejaréis en libertad.

La sorpresa recibida fue tanta que Hauswitz y yo abrimos las bocas al mismo tiempo, sin poder articular palabra.

—No quiero que Petersen y MacLaren se vayan de nuestro país, llevando un mal recuerdo de él. Id y soltadlos inmediatamente.

Hauswitz recuperó el habla antes que yo.

—¡Excelencia, lo que hemos hecho ha sido en bien del interés común!

—Se trata de conservar la disciplina, señor — fue mi argumento.

—Insisto en ello, profesor, capitán — dijo Bellar con voz firme.

—Permítanos mostrar nuestro desacuerdo con su opinión, Excelencia — dije.

Bellar dijo, con la mayor sencillez:

—Pero no con mis órdenes.

—¿Órdenes? —balbucí.

—Exactamente. Eso es lo que dispongo y eso debéis hacer, en el acto.

Hauswitz se engalló.

—Excelencia, con todos los respetos, creo que es a nosotros únicamente a quienes compete fijar la situación de esos dos individuos.

—Te equivocas, profesor. Toda persona que vive bajo nuestro techo está

sujeta a las disposiciones de quienes gobiernan el planeta.

No veo de qué manera puede obligarnos a ello — farfulló el profesor, molestísimo y, con toda seguridad, pensando en la total ausencia de armas que habíamos podido apreciar hasta entonces.

Bellar sonrió.

—Creo — dijo lentamente—, que están redactando un informe acerca de nuestro país. Su historia, sus costumbres, su ciencia, su lenguaje, su geografía... Algo que, para tener un mínimo de detalle e interesar a vuestras autoridades, ha de tardar aún un par de meses en ser concluido, ¿no es así?

—Justamente, Excelencia.

—Nadie os ha opuesto la menor resistencia a proporcionaros todos los datos que necesitáis. Pero ¿qué sucedería si considerásemos inadecuada la confección y posterior publicación de tal informe?

Hauswitz se puso pálido. El golpe no podía ser más certero.

Como director científico de la expedición, Hauswitz había esperado alcanzar fama y gloria al dar cuenta de los resultados de la misma, sólo con publicar las observaciones hechas en el exterior del planeta. Nadie había contado con que Júpiter estuviese habitado, pero al estarlo, el informe adquiría una importancia enorme, inapreciable, y si se consideraba que a todo ello iba a ir unido su nombre, podía, pues, comprenderse fácilmente lo que representaba para el profesor la amenaza de que acababa de ser objeto.

—Su Excelencia no puede hacer eso — dijo, con tono vacilante.

—¿Puedes impedírmelo?

El profesor carraspeó.

—A... aunque así fuera, no... nosotros volveríamos a la Tierra y hablaríamos de lo que hemos visto.

—¿Qué es lo que habéis visto? ¿Dónde estáis?

Bellar agitó una mano en forma circular dos o tres veces.

De repente, algo rugió en nuestros oídos. Una gris neblina nos envolvió, y sus espesas volutas giraron y danzaron aceleradamente durante unos segundos, disipándose luego con la misma rapidez que había surgido.

Miramos a Bellar, atónitos, estupefactos.

—¿Dónde estáis? —repitió.

Ninguno de los dos contestamos. No pudimos por la sencilla razón de que no lo sabíamos.

—Capitán, ¿conoces tú a una muchacha llamada Shayra?

—¿Shay... ra? No he oído ese nombre en mi vida — contesté con voz torpe.

—Y tú, profesor, ¿sabes quién soy y cómo me llamo?

Hauswitz sacudió lentamente la cabeza.

—Es... la primera vez que le veo.

Bellar volvió a mover la mano. De nuevo hubo la neblina agitándose ante nosotros, desapareciendo luego en contados instantes.

—¿Qué os ha ocurrido? — preguntó Bellar, sonriendo.

Hauswitz sacudió belicosamente la cabeza.

—¡Nos ha hipnotizado! — gritó.

Por mi parte, me di claramente cuenta de lo que acababa de suceder. El profesor pensaba en la gloria y en la ciencia; pero mis pensamientos sólo tenían una meta fija e invariable: Shayra; y por nada del mundo hubiera yo tolerado que me lavaran su imagen del cerebro.

—Está bien — dije, de mal talante—; usted gana. Soltaremos a esos dos tipos.

Hauswitz lanzó un gruñido.

—Pero luego no nos eche la culpa de lo que pueda suceder.

—No sucederá nada — sonrió Bellar—. Ahora idos.

Nos pusimos en pie y salimos de la estancia, enormemente desconcertados por lo que acababa de ocurrirnos. A mí no me quedaban ya ganas de nada, de modo que, sin cenar siquiera, me fui a mi habitación y me eché a dormir.

No sé el tiempo que estuve durmiendo. Lo único que recuerdo es que alguien me despertó, zarandeándome con violencia.

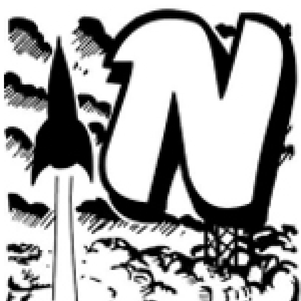
—¡Capitán, capitán! ¡Despierte! ¡Vamos, hombre!

—¿Qué diablos sucede? ¿Acaso se hunde el mundo?

—¡Ojalá fuera así! —exclamó mi interlocutor, en quien acababa de reconocer a Lewell, con tono sombrío.

—El profesor soltó a ese par de pajarracos, ¿verdad? Dijo que se lo había ordenado el presidente del Consejo de Once. Bueno, pues ya han vuelto a meter la pata. Y esta vez es en grande.

CAPÍTULO VIII



O tardaron mis presentimientos en convertirse en lúgubres realidades. Y Lewell tenía motivos para sentirse justificadamente alarmado.

Cuando hubimos acudido a toda velocidad, utilizando un pequeño vehículo, al lugar donde se había producido el suceso, yo también me sentí alarmado. Casi menos por lo que ya había ocurrido que por lo que parecía iba a suceder de un momento a otro.

Era de «noche», es decir, el período que en Júpiter destinan al descanso, durante el cual la luz del día no oscurece como en la Tierra, sino que para ello se cierran todas las aberturas de las casas, cortándose el sistema de alumbrado, a fin de crear la ilusión de una noche que allí no existe. En la Tierra hubieran sido, más o menos, las dos de la madrugada, y no creo se hubiera conseguido reunir tanta gente en torno al lugar del hecho como la que divisamos desde nuestro vehículo, antes de que éste se detuviera.

Hauswitz ya estaba allí, pero, sus esfuerzos, hasta entonces, habían resultado completamente infructuosos. Y, tal como estaban las cosas, se necesitaba algo más que discursos para arreglar lo que unos locos habían estropeado de mala manera.

El lugar del hecho estaba situado a unos veinte kilómetros de nuestro alojamiento, ya en las afueras de la ciudad, en una casa aislada del resto por un pequeño jardín que en otras circunstancias me hubiera hecho lanzar un grito de admiración. Pero entonces no tenía ya tiempo para otra cosa que no fuera enderezar aquel entuerto que tanto daño podía causarnos.

Quedé consternado.

Fuera, como digo, había una espesa multitud, que aguardaba pacientemente, en completo silencio, sin una voz, sin un solo gesto, pero con una actitud, para mí, mucho peor, que si hubieran estado ululando y formando algarabía. Miraban casi todos hacia la casa, cuyas ventanas aparecían abiertas de par en par y brillantemente iluminadas, pero por las cuales no se divisaba ninguna persona.

La gente se apartó al ver llegar nuestro vehículo. Hauswitz salió a nuestro

encuentro.

—¿Ah, es usted? Ya era hora, capitán.

—He venido en cuanto me lo han dicho, profesor. ¿Dónde están esos locos?

—Ahí dentro, capitán. Hasta ahora, no hemos podido convencerlos de que se entreguen.

—No es tan difícil reducirles — dije con sarcasmo—; no van armados.

—¿Lo cree usted así? — repuso Hauswitz con sorna—. Vaya, vaya e inténtelo. Pero tenga cuidado no se vaya a dejar el pellejo en la empresa, como le ha sucedido al navegante Markson.

Miré estúpidamente a Hauswitz.

—¿Cómo? ¿Han matado a Markson?

El profesor me tomó por el brazo, apartando la gente a un lado. Esto me permitió ver un bulto tendido en el suelo y cubierto con un trapo, por bajo del cual se veía la roja mancha de un charco de sangre.

—¿Cómo lo han hecho, profesor?

Éste agitó una mano. Su ayudante, Kimber, trajo algo que me enseñó sin pronunciar palabra.

Me quedé estupefacto al ver la flecha de aguzada punta que Kimber sostenía en las manos. Su forma podía ser distinta de las terrestres que yo había visto en grabados y museos, pero, substancialmente, su fin era el mismo.

—¿De dónde la han sacado? —pregunté.

—En el palacio del Gobierno hay un museo, donde se guardan armas antiguas, antes de que la civilización de los elyanos hiciera inútil su uso. Por lo visto se enteraron de ello y consiguieron apoderarse de dos arcos y flechas en cantidad bastante.

¡Arcos y flechas! En la Tierra hubieran movido a risa, pero aquí provocaban un sano temor, si se tenía en cuenta que ninguno más tenía armas. Los criminales eran, pues, poderosos en grado sumo comparados con nosotros.

—Markson — dijo Hauswitz—, intentó volverlos a la cordura, pero recibió un mortífero saetazo como respuesta.

Volví el rostro hacia la casa.

—¿Están ahí todavía?

—Sí.

Inspiré profundamente.

—Bien — murmuré—, habrá que volverlos al redil.

—Cuidado, capitán! —exclamó el profesor—. En el estado en que se encuentran, dispararán contra usted o contra el primero que se ponga a su alcance.

—Y como ellos se pongan al mío — aseveré con tono duro—, les retorceré el cuello como pollitos. — dicho lo cual, eché a andar hacia la casa, dispuesto a cumplir mi amenaza.

No había dado todavía dos pasos, cuando, de repente, oí ruido detrás de mí. Volví el rostro.

Era Shayra, en cuya cara se advertía una mortal palidez.

—¡Dennis! — gritó.

—¿Qué quieres? — pregunté de mala gana.

—No vayas. Esos hombres son malos. Te... — y claramente se la veía luchar con la palabra que para los elyanos era una pura blasfemia—. Te matarán.

—O yo les mataré a ellos — contesté con dureza—. Pero, en, ningún caso dejaré que sigan cometiendo más tropelías.

—Por favor — suplicó la muchacha, con los ojos arrasados en lágrimas —, deja que otro solucione este problema.

—¿Otro? —reí amargamente—. ¿Quién, si puedes decirme?

—Vendrá en seguida. Está ya avisado.

—Dispararán lo mismo contra él. ¿Crees que esas fieras se detendrán ante nadie, por muy poderoso que sea?

—Bellar lo es — dijo ella altivamente.

Contuve el aliento.

¡Bellar! ¡El presidente del Consejo de Once!

Claro estaba, ¿cómo no se me había ocurrido a mí antes? Naturalmente, con sus poderes hipnóticos, no tendría otra cosa que hacer que situarse frente a los forajidos y mirarles un instante, un solo segundo, a la cara. Entonces...

—Está bien — dije, pero ello no calmaba la impaciencia que me devoraba en aquellos momentos.

Súbitamente, una silueta se dibujó en uno de los costados de la ventana más próxima a nosotros. Reconocí su imagen al instante.

—¡Apártate, Shayra! —grité, tirando de su brazo, justo en el momento en que algo silbaba siniestramente muy cerca de nosotros.

Detrás de mí sonó un grito de dolor. Giré la cara y vi a uno de los tripulantes de la «Casiopea» luchando por arrancarse una flecha que le había atravesado limpiamente el brazo izquierdo.

El médico se lo llevó fuera de tiro, lo mismo que todos nosotros. La multitud retrocedió unos cuantos metros, siempre en silencio, procurando ponerse fuera del alcance de aquellas primitivas pero eficaces armas.

Una estentórea carcajada sonó en el interior de la casa, moderna y de audaces líneas, como lo eran todas de la capital de Elyan.

—¡Capitán — gritó Petersen desaforadamente—, Vengan por nosotros! ¿Qué les sucede... no se atreven?

Levanté la voz.

—Más les valdrá, que se entreguen y sufran su castigo como hombres. De la forma en que siguen actuando, no consiguen sino agravar su situación.

Petersen soltó una grosera interjección.

—¡Váyanse todos al diablo! Lo mejor que pueden hacer es despejar los alrededores de la casa. De lo contrario... — y pronunció una terrible amenaza cuyo solo enunciado me levantó los pelos de punta.

—¡Los van a matar también! — gritó Shayra, horrorizada.

—Es preciso hacer algo por los habitantes de esa casa, capitán — dijo Hauswitz—. Los tienen como rehenes. Ya mataron a uno que intentó resistírseles; no vamos a permitir que hagan lo mismo con los que quedan.

—Pero — murmuré confuso —¿por qué han venido aquí? ¿Por qué han elegido precisamente esta casa y sus habitantes?

—¡Cómo! — gritó Hauswitz—, ¿Es que no lo adivina? Aquí vive la muchacha que dio origen al incidente de ayer por la tarde... y ellos consideran que ella tiene toda la culpa de lo que les ha sucedido y de la humillación que se vieron obligados a soportar.

—¡Están locos! ¡Ellos son los únicos culpables de todo cuanto sucede! — contesté en el mismo tono—. ¿A quién se le ha ocurrido semejante insensatez?

—Tenían más licor escondido — dijo el profesor amargamente—. Y a cada segundo que transcurre, su locura va en aumento. Ya han causado dos muertes, hay un herido, otras personas en gravísimo peligro... ¿Cuál es la próxima barbaridad que van a cometer ese par de salvajes?

El profesor no tuvo tiempo de hablar más. La multitud abrió paso respetuosamente, saludando con graves inclinaciones de cabeza a una persona que avanzaba lentamente hacia nosotros.

Inclinamos también la cabeza. Bellar nos correspondió en la misma forma.

—¿Dónde están? — preguntó suavemente.

No alzó la voz ni descompuso el gesto. Únicamente un leve parpadeo indicó la emoción que le había causado la vista de aquel bulto sangriento tendido en tierra.

—Dentro de la casa. Excelencia — repuse—. Son dos y están armados. Además, tienen rehenes.

Bellar sonrió con levedad.

—Está bien — dijo—. Creo que teníais razón ayer al rogarme que no los soltara. Evidentemente, subestimé sus fuerzas. Creí que... Bueno, ¿qué importa lo que creyera? Ahora lo interesante es reducirlos.

—¿Va usted a parlamentar con ellos, Excelencia? — dije—. Repito que son peligrosos.

—¿Ya no te acuerdas de lo que os hice ayer?

—La distancia es excesiva, señor — objeté.

Bellar sacudió nuevamente la cabeza.

—Menos de lo que crees, capitán.

—¡Un momento! — pedí, y el presidente, que ya había iniciado la marcha, sé detuvo, mirándome fijamente.

Por un instante creí que me volvían del revés, tan penetrante era su mirada.

—¿Qué quieres? —preguntó con blando acento.

—Me gustaría saber lo que piensan hacer con ellos después de... de que, bueno, cuando los haya reducido.

—¿Es que no lo adivinas? Naturalmente, borraré de sus mentes todo cuanto han hecho, así como lo que les ha sucedido desde su llegada al planeta. No recordarán nada y no recordándolo volverán a ser buenos e inocentes como lo eran antes de que... cierta circunstancia perturbara sus mentes.

—¿Y ése va a ser todo su castigo? —pregunté atónito.

—¿Qué más castigo quieres? Matarlos, como creo que hacéis en vuestro planeta, sería, además de absurdo, algo completamente negativo y que no devolvería la vida a los muertos. No, me limitaré a borrar de sus mentes este período de su vida e inculcarles unos sentimientos de bondad y solidaridad humana que les impedirán, en lo sucesivo, cometer nuevos crímenes.

La teoría era tan perfecta que me dejó boquiabierto y sin saber qué

responder. Y antes de que pudiera decir nada, Bellar reanudó su camino.

Iba sereno, erguido, con majestuoso porte, fija la vista en la casa, completamente dueño de sí mismo y de lo que iba a hacer. El silencio se hizo más denso todavía.

Bruscamente, una silueta apareció en una de las ventanas. Era MacLaren.

Junto a él, surgió su compañero de tropelías. Y los arcos y las flechas eran claramente visibles en sus manos.

Sonó una estridente carcajada.

—¡Petersen, mira el viejo calvo! ¿Qué querrá de nosotros?

—¡Eh, tú, date media vuelta! ¿Es que quieres que te ensartemos como a una gallina?

Bellar no contestó; continuaba su camino de forma inalterable.

MacLaren volvió a gritar, al mismo tiempo que colocaba una flecha en la cuerda del arco.

—¡Vuelve atrás, antigualla! ¡Vira en redondo si no quieres que...!

Bellar levantó la mano y, al igual que había hecho con nosotros, la movió tres o cuatro veces en sentido circular. Accionó sin pronunciar palabra.

—¿Estás loco? —chilló Petersen—. ¿A quién demonios estás llamando?

—¡Fuera, fuera! —aulló el otro.

Bellar se detuvo un instante, evidentemente desconcertado. Advertí con toda claridad que su pase hipnótico había fracasado.

Por mi momento no supe a qué achacar aquel fallo. Pensé desesperadamente, sin poder hallar ninguna solución viable.

El presidente continuó su camino. Volvió a agitar la mano, con el mismo resultado negativo de la vez anterior.

Súbitamente, como un relámpago en noche de tormenta, la luz se hizo en mi cerebro. Ahora lo comprendía...

Así con todas mis fuerzas el brazo de Shayra y grité:

—¡Dile que vuelva! ¡Inmediatamente! ¡Están borrachos y la voluntad de Bollar no influye en sus mentes saturadas de alcohol!

—¡Gran Dios! — exclamó Hauswitz a mi lado—. ¿Será posible?

La muchacha se destacó un par de pasos. En aquel momento se oyó algo parecido al tañido del bordón de una gran guitarra.

¡Tuang!

Algo brillante y plateado cruzó el espacio con la velocidad del rayo. Bellar se detuvo en seco.

Shayra lanzó un agudísimo alarido al ver la flecha que sobresalía rectamente del pecho del presidente. Éste se tambaleó, dobló las rodillas y finalmente cayó de costado al suelo.

Shayra volvió a gritar. Y antes de que pudiera detenerla, se soltó de mi mano y echó a correr.

La muchacha sollozaba espasmódicamente en tanto corría hacia el inerte cuerpo del presidente, de cuya herida manaba la sangre en abundancia. Pero, si ella era rápida, no lo fui yo menos en mi reacción.

Salté tras ella, corriendo como jamás lo he hecho en mi vida. Cuando, al fin, Shayra iba a abalanzarse sobre el cuerpo de Bellar, la alcancé y tomándola por su fino talle, la empujé a un lado.

Algo me quemó el hombro. Era la punta de una flecha que, con toda seguridad, a no haber obrado yo con tanta rapidez, hubiera atravesado el cuerpo de Shayra de lado a lado. La muchacha cayó y al hacerlo se golpeó la cabeza contra el suelo, quedando exánime e inconsciente.

La vista de aquellos dos cuerpos hizo hervir la sangre en mis venas. Perdí la noción de lo que me sucedía e, incorporándome, eché a correr a toda velocidad hacia la casa.

Fue una carrera relámpago. Oí vagamente el siseo de un par de flechas, pasándome peligrosamente cerca de los oídos, pero antes de que aquellos forajidos pudieran disparar una tercera, ya tenía yo las manos apoyadas en el antepecho de la ventana.

De un salto me colé en la estancia. Frente a raí, se hallaba Petersen, luchando con su arco y con una flecha que se resistía a encajar en la cuerda.

Con el mismo impulso que me había servido para saltar, junté los pies y le golpeé en pleno pecho, derribándolo de espaldas con las piernas en alto. Acto seguido y sin pensármelo dos veces, obrando de modo completamente intuitivo, me tiré a un lado.

Mi precaución me salvó la vida, porque una décima de segundo más tarde se clavaba una flecha en el suelo, en el mismo lugar que acababa de abandonar. Me retorcí en el aire, distendiendo nuevamente las ballestas de mis piernas.

MacLaren estaba frente a mí, forcejeando desesperadamente con su arco.

Antes de que pudiera cargarlo de nuevo, caí sobre él.

El forajido se resistió.

Viendo que no podía lanzarme una nueva saeta, tomó el arco como si

fuera un palo y lo movió con rapidísimo gesto en sentido horizontal. El arco me golpeó en un costado, haciéndome lanzar un grito de angustia.

Pero se necesitaba algo más que un simple estacazo para calmar el ardor de mi sangre y el ciego ímpetu que se había apoderado de mi ánimo. Antes de que pudiera repetir el golpe, le cogí el arco con la mano izquierda y di un brutal tirón del arma hacia mí.

Él no se esperaba aquello.

MacLaren trastabilló, perdiendo el equilibrio. Aproveché el momento para largarle un brutal mamporro en el mentón que lo hizo retroceder hasta el muro próximo.

Pero el alcohol le infundía unas fuerzas que en caso contrario jamás habría poseído. Y además le cegaba, haciéndole perder la facultad del raciocinio.

Saltó hacia mí.

En aquel momento, vi a Petersen, quien, sentado en el suelo, se aprestaba a tensar la cuerda de su arco.

¡Aquellos asesinos no habían agotado aún su provisión de flechas!

Petersen lanzó un agudo grito.

Era ya difícil que MacLaren pudiera contener su impulso. No obstante, trató de obedecer a su compañero, aumentando más la potencia de sus saltos, con objeto de dejar espacio libre para el disparo de Petersen.

No se lo permití. Alargué la mano, cortando en seco su carrera. Luego lo atraje hacia mí.

En aquel momento sonó el fatídico bordoneo de la cuerda del arco.

Sentí claramente el estremecedor siseo de la flecha al penetrar profundamente en las carnes de MacLaren. Este se estremeció horriblemente al mismo tiempo que sus ojos volteaban como los de un loco.

Sus fuerzas le abandonaron casi instantáneamente. Se le doblaron las piernas, pero no permití que cayera al suelo. Al menos en aquel momento.

Petersen blasfemaba espantosamente al darse cuenta de que él mismo había matado a su compañero de correrías. Con gesto frenético intentó encajar otra flecha en la cuerda del arco.

Era ya tarde para su reacción. Asiendo con mis dos manos, por los brazos, el cuerpo de MacLaren, se lo arrojé encima. Los dos hombres cayeron revueltos en confuso montón al suelo.

Antes de que Petersen pudiera reaccionar, me fui hacia él. Y puedo asegurar que no tuve compasión de él. Alargué el pie y le golpeé con todas

mis fuerzas en el mentón.

Durante unos momentos permanecí allí quieto, exhausto, tratando de restablecer mi agitada respiración. La sangre me corría a lo largo del brazo izquierdo.

Oí gritos y exclamaciones en torno mío. Hauswitz, Kimber y otros penetraron tumultuosamente en la estancia.

Sin embargo, en aquellos momentos, no eran mis compañeros los que me interesaban, como tampoco tenía ganas de contestar a las palabras de felicitación que me dirigían. Antes que nada, quería ver a Shayra.

La vi, en efecto, pálida y con una ligera mancha de sangre en su sien izquierda. Estaban al lado del inerte cuerpo de Bellar, que cuatro nativos se disponían a transportar en una camilla improvisada a toda prisa.

—¡Shayra! —grité, corriendo hacia ella—. ¡Estoy bien! ¡No me ha sucedido nada!

Ella me miró con ojos carentes de expresión. Guardó silencio.

—¡Shayra! ¿Es que no te alegras de verme sano y salvo? ¡Ya se ha terminado todo y esos dos salvajes no volverán a causar daño a nadie más!

Una lágrima rodó por sus mejillas. Alargué la mano hacia ella, pero retrocedió como si hubiera visto la bífida lengua de un áspid.

—¡No me toques! — chilló—. ¡No me toques! — y de repente, rompiendo en sollozos, dio media vuelta y echó a correr, dejándome sumido en la más espantosa confusión.

CAPÍTULO IX



STABA sentado en el borde de mi lecho, con la cabeza hundida en las manos, sin ver ni oír nada, sumido únicamente en la amargura de mis negros pensamientos.

No era preciso ser un lince para comprender que Shayra me había plantado. Ella era de Júpiter, en tanto que yo había nacido en la Tierra. Y ni siquiera el hecho de que nos habíamos amado — y continuásemos amándonos — podía borrar tal diferencia.

Dos de los nuestros habían matado. Yo no tenía la culpa de lo sucedido; antes bien al contrario, había tratado de poner los medios necesarios para impedir tales crímenes. Pero sus autores eran terrestres, en tanto que las víctimas eran jupiterinas. Y el sentimiento de raza había podido en Shayra más que cualquiera otra consideración sentimental. No podía borrarse lo que cientos de siglos habían tardado en esculpir en su mente y en su corazón con el amor solamente conocido durante unos pocos meses.

Éstas eran las tristes reflexiones que yo me hacía horas después de los sucesos relatados. Había intentado ponerme en comunicación con Shayra por medio del fonovisor de que todas las habitaciones estaban provistas, pero ella se había negado rotundamente no ya, a contestar, sino tan siquiera a dejar ver su rostro en la minúscula pantallita del aparato. Y esto me traía al borde de la desesperación. Estoy seguro de que, si la muerte de Petersen hubiera servido para nuestra reconciliación, le hubiera estrangulado con mis propias manos de muy buena gana.

Alguien entró y no me di cuenta de su presencia hasta que me tocó en el hombro.

Levanté la vista. Era mi amigo Angus MacCarven, el jefe de radio.

—Dennis, ven conmigo.

—¿Qué sucede? —pregunté con expresión vacua.

—Mucho. Ven, hazme el favor.

Me puse en pie y le seguí. Salimos de la estancia.

Al hacerlo advertí algo en lo que hasta entonces no había reparado, parte por hallarme en el interior de mi habitación y parte por no haberme preocupado de ello.

En el interior del edificio, normalmente lleno de personas a aquellas horas de la «mañana», reinaba un silencio mortal. Sus pasillos y corredores estaban completamente vacíos, de tal suerte, que nuestras pisadas resonaban con lúgubres ecos contra sus paredes.

Mirando a través de uno de los muros, totalmente encristalado, alcance a ver el gran patio exterior. También solía estar lleno de gente —el Gobierno de un planeta, terrestre o no, no puede hacerse sin una espesa, e inevitable burocracia—; pero en el momento actual se hallaba desoladoramente vacío.

Aquello puso frío en mi epidermis. El silencio era total y no se veía un alma. La hora correspondía casi al mediodía y lo que estaba sucediendo no tenía nada de normal.

Francamente, impresionaba aquel silencio, cuyas causas desconocía por el momento. Pero en medio de mi preocupación, no dejaba de presentir que algo grave estaba a punto de sucedernos.

Finalmente, llegamos al comedor que era donde, habitualmente, solíamos celebrar nuestras reuniones. Y, efectivamente, allí estaban reunidos todos los miembros de la dotación de la «Casiopea».

Las caras aparecían serias, con expresión concentrada, En un rincón, sentado en una silla, maniatado, se hallaba Petersen, el superviviente culpable de todos los desórdenes (1). Lo habían maniatado y en su rostro se veían reflejados el abatimiento y la desesperación.

Hauswitz salió a mi encuentro.

—Le estábamos esperando, capitán.

—¿Qué sucede, profesor? Dígamelo, no se lo calle.

El aludido hizo un gesto de rabia.

—Eso es lo que me gustaría saber con certidumbre, capitán. Pero mucho me temo que no sea nada bueno.

—Me he dado cuenta de que no se ve ningún nativo, en absoluto. ¿Qué les pasa? ¿Acaso se han muerto todos?

—Quizá fuera eso lo mejor para todos nosotros — murmuró Hauswitz a media voz. Levantó ésta—. En mi opinión, muy posiblemente están de duelo por la muerte de su Presidente.

—A mí no me gusta esta quietud — mascculló Halley.

—Tengo los nervios de punta — gruñó otro—. ¿Por qué no hablan? ¿Por

qué no dicen algo?

—¡Cálmese, Lorentz! —dijo el profesor—. Si perdemos la sangre fría, nos perderemos todos. Es preciso conservar la calma y la tranquilidad; de lo contrario, no sabremos sobrevivir a la catástrofe que nos amenaza.

Aquellas palabras me helaron la sangre.

—¿Usted lo cree así, profesor? —pregunté.

Hauswitz asintió con lentos movimientos de cabeza.

—No quisiera equivocarme, pero eso es, exactamente, lo que estoy temiendo. Aquí se está cociendo algo gordo y me da en la nariz que nosotros vamos a ser del plato fuerte del festín que preparan los nativos.

Ninguno de los presentes se atrevió a refutar las palabras del profesor. Todos estaban completamente de acuerdo con él y, en el fondo, a mí me sucedía lo mismo.

Alguien lanzó una rotunda interjección.

—¡Y todo ha sido por culpa de este cochino y del otro a quien Satanás confunda en los infiernos!

El que hablaba era el joven Lewell, quien, en los últimos tiempos, había sido muy feliz, enamorado de una linda muchacha de Júpiter. Estaba irritadísimo y, sin poder contenerse, levantó el puño cerrado sobre Petersen.

—¡Quieto! —le dije—. Con golpearle no resolverá nada, Lewell. No faltará en la Tierra quien le ajuste las cuentas sin que usted tenga que molestarse para ello.

—¿Está seguro — dijo sonriendo burlonamente—, de que las autoridades terrestres querrán castigar unos crímenes cometidos fuera de su ámbito y con unas personas no nacidas en aquel planeta?

—Dejémonos de tecnicismos legales — refunfuñó Hauswitz—. Ahora lo interesante es solucionar la situación actual. Para eso nos hemos reunido. ¿Cuál es su consejo, capitán?

—Tal como están las cosas, no nos queda otro remedio que marcharnos de aquí, profesor.

—¿Emprender el viaje de regreso a la Tierra?

Asentí con la cabeza.

—Pero... no podemos irnos sin efectuar las despedidas de ritual — objetó —. En medio de todo, esta gente se ha portado magníficamente con nosotros. Todos tenemos amigos, relaciones que, en su casi totalidad, hubieran fructificado en matrimonios... Este hubiera sido un medio magnífico e indiscutible para comenzar la fusión de dos razas...

—Creo que, por ahora, debemos olvidar tales problemas, profesor. El de nuestro regreso a la superficie de Júpiter debe ser el principal.

—Son sesenta mil kilómetros los que hemos de recorrer hasta llegar a la boca de salida, capitán.

—Bien. Hay vehículos, ¿no? Y todos, en estos tiempos, hemos aprendido a manejar estos artefactos. Podemos tomar dos de ellos y que nos transporten al exterior.

—Queda en pie el manejó de las compuertas de la esclusa.

—Por eso no se preocupe. Yo sé hacerlo, pues Shayra y Yawan me enseñaron la primera vez que estuvimos aquí. Y Halley y Lewell también conocen el modo de ponerlas en funcionamiento.

—¡Y pensar que hemos de irnos! — gimió Lewell con desesperación.

Rodeé sus hombros con mi brazo y traté de calmarle. Enamorado como él, comprendía fácilmente su estado de ánimo.

—Ten un poco de paciencia — dije—. Quizá esto consiga arreglarse y...

—Bien, capitán — exclamó el profesor—. No se hable más. Tal como están las cosas, entretenernos más sería una pérdida innecesaria de tiempo. Vamos a emprender la marcha inmediatamente.

—Muy bien, profesor — dije—. Y ¿dónde están los vehículos?

Mi pregunta le dejó cortado. Pero no tardó en recobrarse.

—Los encontraremos fácilmente. Si todos nuestros problemas fueran tan graves como ése. Bien — levantó la voz, dirigiéndose a todos en general—; vayan a sus habitaciones y recojan sus cosas, pero procuren no llevarse más que lo indispensable. Luego reúnanse aquí de nuevo y tengan en cuenta que no debemos desperdigarnos. Iremos en un grupo compacto, de modo que podamos rechazar fácilmente cualquier ataque que se nos haga.

—Ochenta y siete contra diez, quince, ¿quién sabe cuántos millones? — murmuré con amargura—. ¿Cree usted que, si nos atacan, podremos sobrevivir?

—¿Es que piensa acaso que no debemos poner por nuestra parte todos los medios necesarios para conseguirlo?

Me encogí de hombres. Si Shayra me abandonaba, ¿qué más me daba lo que hicieran conmigo?

Mientras los demás empaquetaban precipitadamente sus cosas, yo traté de ponerme en contacto con la muchacha. El servicio de comunicaciones es allí muy eficiente y de una gran facilidad de funcionamiento, pero todos mis esfuerzos resultaron baldíos. Nadie contestó a mis llamadas, por más que lo

intenté, y ello me dijo, con meridiana claridad, que Shayra había resuelto cortar definitivamente toda relación conmigo.

Debiera haberme lanzado a la calle y corrido en busca suya, pero yo era uno de los responsables de la dirección de nuestro grupo y no me atreví a abandonar a mis compatriotas. Los momentos se adivinaban difíciles y, si queríamos tener una probabilidad de salir con vida, debíamos obrar conjuntamente, sin fraccionarnos en pequeñas entidades que sólo al fracaso podían conducir.

Media hora más tarde, todo estaba dispuesto para la marcha. Se pasó lista, comprobándose que no faltaba nadie más que MacLaren. El flechazo disparado por su propio compinche le había relevado de todo castigo ulterior.

Salimos en compacto grupo, tal como Hauswitz lo había resuelto. Con paso rápido y seguro, recorrimos los amplios pasillos, en busca de la escalinata que conducía al gran patio exterior:

Cuando ya estábamos a punto de alcanzarla, se suscitó un problema desconocido hasta entonces.

Alguien dijo:

—¿Qué haremos si nos atacan? ¿Defendernos con las manos? Aquí no hay piedras siquiera para tirárselas a la cabeza...

La idea fue mía. Cogí por el brazo a Petersen y le miré a los ojos.

—Tú sabes dónde está ese museo de armamento. Llévanos a él.

El hombre asintió. Estaba amedrentado y comprendía que todo lo sucedido estaba ocurriendo por culpa suya.

Tardamos bastante en hallar el museo. En primer lugar, Petersen no recordaba con exactitud su emplazamiento, y en segundo, el edificio del Gobierno de Júpiter es realmente gigantesco. Una o dos personas hubieran podido recorrer más rápidamente la distancia por medio de los ascensores y aceras rodantes que abundan en el interior del caserón, pero cerca de un centenar de hombres no pueden hacer lo mismo sin fraccionarse en numerosos grupos y eso era, precisamente, lo que tratábamos de evitar.

Al fin lo hallamos. Era una gran sala, de más de cincuenta metros de longitud por otros tantos de anchura, repleta de armas de todas clases. Había, incluso, armas de fuego, no muy distintas de las nuestras, pero no pudimos encontrar rastro de pistolas atómicas. Si las habían tenido en un tiempo, no habían querido conservar su memoria siquiera, para no causar graves perjuicios a las generaciones futuras.

Por supuesto, no había ni rastro de munición para las armas de fuego, de modo que nos resultaban absolutamente inútiles. Cada uno, pues, eligió el arma que más le acomodaba. Había de todo: lanzas, espadas, arcos, puñales,

ballestas, recuerdos de tiempos prehistóricos de aquel planeta, que se habían guardado en aquel local para recreo y estudio de sus habitantes y que ahora nos iban a servir para nuestra defensa.

En la Tierra hubieran valido fortunas colosales, pues la mayoría de ellas tenían las empuñaduras de oro, engastadas en piedras preciosas. Pero nosotros no veíamos los tesoros, sino la forma de defendernos con ellas.

Por lo que a mí se refiere, deseché la lanza y el arco, y elegí una espada de hoja larga y fina, pero de indiscutible solidez. La hoja estaba afiladísima y era capaz de decapitar a un hombre con un golpe bien asestado.

Pendía de un costoso cinturón de tejido metálico, que ceñí en torno a mi cuerpo. Comprobé que entraba y salía fácilmente de su vaina y, aunque en mi vida había manejado un arma de aquel género, estaba seguro de saberla utilizar en caso preciso.

Ya no nos entretuvimos más. Una vez armados todos, abandonamos el museo y nos dirigimos a la salida.

Salvo el rumor de nuestros pasos, el silencio era absoluto. Una ominosa pesadumbre parecía haberse desplomado sobre la ciudad, de ordinario tan ruidosa y animada. Al llegar a la puerta principal y encontrarnos frente a la gran plaza, totalmente desierta y abandonada, nos detuvimos un segundo.

Hauswitz y yo íbamos en cabeza. Vacilamos, porque, a decir verdad, no sabíamos dónde íbamos a encontrar un vehículo que nos transportase por el túnel hasta el exterior.

Súbitamente, Hauswitz dijo:

—Usted sabe dónde reside Shayra. Llévenos a su casa; ella podrá indicarnos dónde hay medios de transporte.

—¿Y si se resistiera?

—La obligaríamos a ceder — dijo el profesor con voz dura.

Suspiré resignado. La vida de ochenta y siete terrestres dependía de mí y no podía defraudarles. Además, confiaba interiormente en Shayra y creía que, aunque ella se negase a acompañarnos, por lo menos nos señalaría dónde había un vehículo de aquel tipo.

Bajamos los escalones, formando una columna cerrada, mirando todos a derecha e izquierda. Atravesamos la plaza en compacta formación y nos desviamos hacia la izquierda, caminando por el centro de una gran avenida.

—No miren — recomendé en tono bajo, sin apenas mover los labios—. Nos espían a través de las ventanas.

Con el rabillo del ojo pude advertir numerosos rostros situados al otro lado de los cristales. La ciudad estaba totalmente desierta, como muerta. Ni

una persona, ni un vehículo se divisaban en cuanto alcanzaba nuestra vista.

Progresamos rápidamente. Pero yo sabía que nos costaría bastante alcanzar la residencia de la muchacha, porque vivía bastante alejada del centro. Sin embargo, ella era nuestra única esperanza y debíamos hacerlo.

Nuestro paso fue rápido en los primeros momentos. Recorrimos la gran avenida, pasando luego a otra calle, algo más estrecha, pero de notable amplitud todavía. La calle mediría muy bien sus tres kilómetros, que fueron recorridos en media hora escasa, prácticamente a paso de carga.

Al terminar, volvimos a desviarnos hacia la izquierda. Ahora enfilamos una avenida, compuesta casi exclusivamente por edificios de una o dos plantas, situados todos en el centro de un pequeño jardincillo. Al final de dicha avenida, cuatro kilómetros más adelante, era donde se encontraba la casa de Shayra.

Para no perder a ninguno de los miembros de la expedición, no quisimos penetrar en ninguna casa, temiendo alguna emboscada si tratábamos de buscar algún vehículo pequeño que nos resolviese aquella parte del transporte. El trato era no separarnos bajo ningún concepto y estábamos cumpliendo a rajatabla nuestra consigna.

Habríamos recorrido unos tres kilómetros y medio, faltándonos apenas quinientos metros para llegar a casa de Shayra, cuando de repente ocurrió lo que tanto temíamos.

Todo se hizo sin ruido, en completo silencio, como si se tratase de espectros en lugar de seres reales, de carne y hueso. Primero fue uno, luego dos, más tarde tres o cuatro y así, poco a poco en apariencia, pero con más rapidez de la deseada, numerosos elyanos empezaron a aparecer por todas partes.

Levanté la mano.

—¡Quietos todos! — ordené.

La columna se detuvo en el acto. Miré en torno mío.

Por todas partes surgían hombres. No se veía ninguna mujer.

Por la derecha, por la izquierda, frente a nosotros, en la retaguardia, por todos los lugares, continuaban afluyendo nativos, en una muchedumbre cada vez más espesa y concentrada, en medio de un siniestro silencio que aumentaba más todavía la tensión del ambiente.

—Que nadie haga el menor movimiento ofensivo si ellos no lo hacen — dije.

—Nos han bloqueado el paso — gruñó el profesor; y era cierto, porque a cualquier sitio que mirásemos encontrábamos individuos que nos miraban

silenciosos y ceñudamente.

—Debemos seguir; no podemos pararnos, capitán. De lo contrario, estamos perdidos.

Asentí con la cabeza y reanudé la marcha, sin dejar de tocar con la mano el puño de la espada.

Sólo pude caminar unos diez pasos. Frente a mí, un denso muro de cuerpos, pegados codo con codo los unos a los otros, me cerraban completamente el camino.

Levanté la mano derecha, abierta la palma.

—Dejadnos pasar libremente; no pretendemos causaros el menor daño.

Silencio.

Todos me miraban fijamente, pero nadie despegó los labios.

Mi lengua salió fuera, humedeciendo los míos, repentinamente resecos.

—Por favor — insistí, con el mismo resultado.

Avancé otro paso, alargando las manos. Un hueco se abrió ante mí, al retroceder varios nativos a ambos lados.

Di otro paso, pero inmediatamente salté hacia atrás, lleno de pánico. ¡Iba a quedar encerrado en medio de aquel compacto y hostil círculo, donde había cientos de manos ansiosas de despedazarme!

Tragué saliva, al mismo tiempo que volvía el rostro hacia el grupo.

Lo que vi entonces me heló la sangre en las venas.

Había miles de nativos rodeándonos, en un círculo que por segundos se iba estrechando cada vez más, envolviéndonos en el centro de su mortífero anillo. Y la escena era tanto más horrible, cuanto que no se oía el menor sonido.

Todos teníamos los nervios a punto de estallar. Aquel silencio nos deprimía y desmoralizaba terriblemente, haciendo que nuestra resistencia espiritual se cuartease alarmantemente.

Y, súbitamente, de una manera no por esperada menos estruendosa, vino la explosión.

CAPÍTULO X



UE obscuro sentimiento atávico había influido en los sentimientos de los elyanos, borrándoles en un segundo todas las ideas de bondad y humanidad costosamente inculcadas en sus espíritus a lo largo de siglos?

Es posible que, para explicar esto, los especialistas recurran a numerosas razones de orden científico, relacionadas todas ellas con el individuo y su mente; pero, para mí, no hay más que una explicación posible: eran humanos.

Con toda seguridad, los terrestres, de habernos hallado en un caso similar, hubiéramos obrado en forma análoga. El caso es que, súbitamente, el espíritu de lucha, muerte y destrucción, adormecido en ellos, despertó de pronto, con un estallido de salvaje furia.

No sé quién empezó el primero, si ellos o nosotros; ahora que, mentalmente, repaso los acontecimientos, no podría determinarlo con absoluta seguridad. Sólo recuerdo, como primer motivo de aquellos horrorosos momentos que por nada de este mundo desearía volver a repetir, el deformado rostro de un nativo, cuya abierta boca me lanzaba al rostro, espasmódicamente, mil coléricas invectivas.

La boca reventó en un chorro de sangre un segundo después, pues mi espada le había atravesado limpiamente la garganta, saliéndole por la nuca. Pegué un brutal puntapié a aquel cuerpo, al mismo tiempo que tiraba del acero, y el individuo se desplomó.

Inmediatamente fue substituido por otro, que corrió análoga suerte. El cuerpo de éste fue pisoteado salvajemente por los jupiterinos que se apelotonaban detrás, frenéticos en su ciega ansia por alcanzarme.

El silencio había sido substituido por un horrendo griterío, mezcla de aullidos de dolor y exclamaciones de cólera. Los terrestres estábamos en el centro de una espesísima multitud, cuyos innumerables componentes se mataban unos a otros en su locura de matarnos a nosotros.

Alguien, un terrestre a juzgar por su acento, chilló espantosamente cuando una docena de brazos tiraron de él. Vi un segundo su rostro contorsionado por el dolor y el miedo más abyecto. Petersen fue desarmado en un segundo y en

otro desapareció en el centro de un bestial remolino de brazos y piernas que lo machacaron espantosamente.

Ensarté, aunque parezca mentira, a dos de un solo golpe. Las dos víctimas cayeron fulminadas, siendo devoradas al instante por aquel monstruo de mil cabezas cuya vida era imposible de cortar con nuestros limitados medios.

El suelo estaba ya empapado literalmente en sangre. Un cuerpo cruzó ante mis ojos. No sé quién era, pero había nacido en la Tierra. Cayó al suelo e inmediatamente cincuenta pies batieron brutalmente su carne y sus huesos, convirtiéndolos en una espeluznante pulpa rojiza.

Mi mano me dolía ya de tanto mover la espada. Estocadas y tajos, tajos y estocadas, la espada seccionaba incesantemente. Tenía el brazo empapado en sangre hasta el hombro, pero no era mía, sino de los elyanos que iban cayendo bajo los golpes del acero.

Hauswitz fue uno de los primeros en perecer. Un nativo, alto como un castillo, le arrancó el hacha que empuñaba. El profesor quiso protegerse instintivamente la cabeza con las manos, pero fue inútil. El acero cayó, cortándole la mano derecha y penetrándole luego en el cráneo hasta los hombros.

Me tiré a fondo, antes de que el gigante pudiese repetir el golpe. La espada le salió por la nuca y al retirarla, un chorro de sangre me saltó al rostro. El individuo se desplomó, pero el hacha no llegó a caer al suelo. Otra mano la recogió y empezó a utilizarla contra nosotros.

El suelo estaba ya cubierto de cuerpos tendidos en medio de un lago de rojo y viscoso líquido. Una vez resbalé y me caí de espaldas. Un pie se alzó sobre mi rostro, pero pude desviarlo clavando el arma en la pierna que lo impulsaba. El nativo se desplomó lanzando un grito, que fue cortado súbitamente cuando alguien le machacó la cara de un terrible taconazo.

Ya no se distinguía entre amigos y enemigos. No se trataba tampoco de vivir, sino de matar, fuera a quien fuera. No éramos ya hombres, sino fieras ávidas de sangre. Aullábamos y chillábamos frenéticamente, pero eran gritos carentes de todo significado, inarticulados, como rugidos de animales salvajes. Y ¿qué otra cosa éramos unos y otros en aquellos momentos?

Unas salvajes manos tomaron el cuerpo del joven Kimber. Éste voló por los aires y, durante unos momentos, lo vi patalear frenéticamente por encima de aquel hirviente mar de cabezas que nos rodeaba. Cientos de brazos se lo disputaban, sin que él pudiera hacer otra cosa que pernear aparatosamente. De pronto, alguien abrió un hueco, cayó en él y no lo volví a ver más.

Cerca de mí crujieron los huesos de un cráneo. Spaulding dejó de moverse para siempre cuando un pie le juntó la frente con el occipucio. Su matador vio asomar la punta de mi espada por su pecho. Instintivamente se cogió a ella

con ambas manos, pero le corté los dedos al retirarla con violencia. Le pateé la espalda, lanzándole al centro del infierno.

A mi lado, dos hombres luchaban a brazo partido. Uno de ellos era Bertil, el topógrafo. Logró liberar una de sus manos y la movió aprisa, apuñalando la espalda de su oponente.

Pero el pobre Bertil no podía librarse. El jupiterino, en las ansias de la muerte, se abrazó más fuertemente y al caer lo arrastró bajo un hervor de pies que los machacaron instantáneamente.

McCarven aulló espantosamente cuándo alguien le traspasó el cuerpo con una espada. Con el arma aún clavada, salté sobre su contrincante, convertido literalmente en una fiera, los ojos fuera de las órbitas. Espeluznado, vi que el jefe de radios abría la boca y se aferraba con los dientes a la garganta de su antagonista, desgarrándosela salvajemente. Los dos cayeron bajo la multitud que los despedazó en unos segundos.

Ya no podía más. Mi brazo me dolía horrorosamente y, según creo recordar, estaba cubierto de heridas. La espada me pesaba ya como si fuera de plomo y apenas si la podía ya mover.

El suelo estaba cubierto de cuerpos desgarrados, tundidos, fragmentados. Cada vez éramos menos los que quedábamos en pie y nuestro número se reducía rapidísimamente.

Finalmente, ya sólo quedamos dos: Halley y yo. El segundo tenía también una espada en la mano y se hallaba tan agotado como yo.

Juntamos las espaldas, dispuestos a agotar nuestras últimas fuerzas en la embestida definitiva. Aún conseguimos abatir a tres o cuatro nativos, antes de que Halley se desplomase al suelo, pataleando convulsivamente con la garganta abierta de oreja a oreja por un horrendo tajo.

Después de aquello, se produjo un momento de hondo silencio. Abrí los ojos con dificultad, viendo a través de una rojiza neblina el desastroso paisaje que me rodeaba.

Habían muerto todos los terrestres, con excepción de uno solo: yo. Pero era evidente que no tardaría mucho en acompañarles. Posiblemente mi inesperada resistencia les había asombrado un poco, quizá estaban tomando aliento para el asalto final.

Las piernas se negaban a sostenerme. Mis rodillas flaqueaban ya. Estaba en pie, en un lugar rodeado por centenares de cadáveres. Ochenta y seis terrestres habían muerto, pero cada uno de ellos había matado a media docena de enemigos, al menos, antes de sucumbir. Yo podría seguir la lucha, pero mi fin era inevitable.

El círculo que me rodeaba empezó a estrecharse nuevamente. Cientos de

pupilas, brillando con la fiebre de matar, se clavaron en mí. Los elyanos pisaron imparcialmente a unos y otros, a medida que se me aproximaban.

Levanté la espada pero, súbitamente, los dedos se me abrieron y el arma cayó al suelo.

Me arrodillé, lanzando un gemido, no de dolor, sino de furia por no poder seguir defendiéndome. El círculo se cerró completamente.

Docenas de manos se apoderaron de mi cuerpo. Me sentí izado en alto, zarandeado, agitado violentamente, mientras era transportado por encima de un océano de cabezas que se agitaban incesantemente. Cientos de bocas vomitaron mil imprecaciones contra mí.

Empecé a verlo todo turbio y confuso. Sentí numerosos golpes en todas las partes de mi cuerpo, pero no tardé mucho en perder la sensibilidad. Tenía la boca abierta pero no oía mis propios gritos, ahogados en el mar de alaridos que me rodeaba.

Lo último que vi, antes de perder el sentido, fue un rostro conocido, el de Shayra. De todas formas, aún me pregunté si aquello era realidad o se trataba solamente del sueño que precede a la muerte. Un segundo más tarde llegó para mí la obscuridad total.

* * *

Desperté más tarde, ignoro el tiempo que había transcurrido. Lo único que sé es que me hallaba tendido en un cómodo lecho y que mis dolores habían desaparecido. Advertí que podía mover fácilmente mis miembros, lo cual me dio la idea de que alguien me había recogido antes de morir y que me había llevado a aquel lugar, que no conocía, con ánimo de salvarme la vida.

Pasó mucho rato antes de que nadie penetrase en la estancia, la cual estaba casi completamente desprovista de muebles. Era una habitación pobre comparada con el término medio de las que yo conocía, pero estaba limpia y aseada.

Después de un tiempo que no pude calcular, entraron dos personas. Ninguna de ellas era Shayra.

Yawan llevaba en la mano un alto vaso, mediado de un líquido transparente de color verdoso. Jhandar iba a su lado.

Los miré fijamente. Yawan se me acercó y me alargó el vaso.

—Tómate esto, Dennis — murmuró.

Obedecí. El líquido me infundió un calorcillo nuevo en las venas, haciéndome sentir mucho mejor, incluso para incorporarme a medias en el

lecho. Incluso para hablar.

—¿Puedo preguntar dónde estoy y qué suerte voy a correr?

Jhandar fue el encargado de darme la respuesta.

—No temas. Hemos conseguido salvarte la vida y nadie volverá a intentar nada contra ti.

—Gracias —murmuré, dejándome caer hacia atrás—. Sois muy buenos.

—Lamentamos profundamente lo sucedido, capitán — siguió Jhandar — Que yo sepa, no se había producido nunca un tumulto semejante desde hacía siglos.

—Supongo — dije — que trataron de vengar la muerte de Bellar.

—Así fue. Pero todos cuantos intervinieron en el motín están profundamente avergonzados de lo que hicieron.

—Pueden estarlo — refunfuñé, malhumorado—. Lincharon de la manera más salvaje que he visto a ochenta y cinco de mis compañeros.

—Repito que se sienten profundamente avergonzados y, por mi boca, te suplican perdón humildemente. Ellos mismos — continuó Jhandar — han pedido ser castigados y, en efecto, se borrará de sus mentes para siempre todo recuerdo de lo sucedido. Aunque... — añadió tras breve vacilación — todavía quedan algunos exaltados, seguramente enloquecidos, que han jurado matarte. Por lo mismo, tenemos la casa en lugar secreto y continuamente vigilada, además.

—¡Hum! La noticia no es agradable. Y después ¿qué haréis conmigo?

—Puedes figurártelo — dijo Jhandar fríamente—. Te llevaremos al exterior.

Di un salto en la cama.

—¡Cómo! ¿Me echáis?

—Sí. Tu. presencia ya no es deseable en Elyan. El Consejo ha adoptado esa decisión.

—Supongo que no habrá apelación alguna contra la misma — dije.

—Supones bien, capitán. El Consejo no te desea nada malo, pero no quiere que continúes en nuestro mundo un instante más del absolutamente preciso.

Guardé silencio unos instantes. Después miré a Yawan.

—Antes de irme — dije — quisiera hablar con tu hermana.

Yawan meneó la cabeza.

—Lo siento, Dennis. Pero ella ha dicho que no quiere verte más.

—No lo creo — grité.

—Es la verdad, lo creas o no. Sin embargo, me ha dado algo para ti.

Yawan metió mano en el bolsillo y sacó un pesado medallón que me entregó. Levanté la tapa y vi en ella el adorable rostro de mi amada, sonriéndome de un modo que yo conocía demasiado bien.

No pude contener una lágrima. Aquel retrato, hecho con tal arte que el original parecía alentar; sería, en lo sucesivo, cuanto me quedase como recuerdo del apasionado romance que había vivido en aquel mundo separado del mío por casi ochocientos millones de kilómetros.

Me lo colgué del cuello sin decir nada. Ante mi silencio Yawan y Jhandar se retiraron sin pronunciar palabra.

Y eso es todo. Un par de semanas más tarde, completamente repuesto, unos nativos me acompañaron por el túnel hasta la esclusa. Me puse uno de los trajes de vacío y cuando la compuerta externa se hubo abierto, me dirigí hacia la «Casiopea».

El resto no merece la pena de contarse. Es difícil que uno solo pueda manejar una nave de aquel tamaño, pero pude conseguirlo. Y en cuanto hube establecido una órbita, conecté el piloto automático y, para no volverme loco en la soledad de aquel artefacto de acero, empecé a escribir la presente historia, con más ánimo de distraerme que por justificarme un día anta mis semejantes, si llegaba el momento.

* * *

Bajé la pistola. No era necesario defenderse. Aquellas dos personas no venían a atacarnos.

Aunque en aquel momento no había leído todavía el diario que Dennis acababa de entregarme, me bastó verlos para comprender quiénes eran.

Durante unos instantes, todos nos miramos mutuamente, en silencio; después, Dennis y la mujer rompieron en un grito simultáneo:

—¡Shayra!

—¡Dennis!

Y los dos, echando a correr al mismo tiempo, se fundieron en un apretado abrazo en el centro de la estancia, riendo y llorando de alegría como dos niños.

Contemplé en silencio la conmovedora escena. Pasaron unos minutos

antes de que la feliz pareja se diera cuenta de que no estaban solos.

Entonces Dennis la tomó de la mano y la acercó adonde yo me hallaba.

—Shayra, quiero que conozcas al mejor amigo que jamás he tenido y el único que ha creído en mí.

Por primera vez, la única, estreché la mano de una mujer no nacida en la Tierra. Apenas si supe murmurar unas confusas frases de cortesía.

Después me presentó a su hermano y, cuando hubo recobrado un tanto la ecuanimidad, mientras yo servía unas copas de un jerez que guardo para las ocasiones, le oí preguntar:

—¿Por qué has venido, Shayra?

—¿Es que no lo comprendes? — dijo ella dulcemente.

—¿Te quedas aquí... en la Tierra? —balbuceó mi amigo.

—No. Tu vienes conmigo.

—¡Shayra! ¡Eso es imposible!

—¿Por qué?

—Jhandar dijo que no quería verme más allí, en tu país. Además... cuando yo me vine, había aún varios individuos que no habían abandonado las ideas de venganza.

—Esos hombres se han entregado ya y, cuando vuelvas a Elyan, nadie te molestará. Puedo garantizártelo.

Dennis se cogió la cabeza con las manos.

—No lo comprendo, no lo comprendo — murmuró, estupefacto—. ¿Cómo puede ser eso?

—Te diré. Yo he influido acerca del Consejo para que revocaran esa decisión. Me ha costado mucho trabajo, pero al fin pude conseguirlo. A fin de cuentas, era yo la que más razones tenía para oponerme... y no me opongo, antes al contrario, lo deseo ardientemente — y le miró con pasión a los ojos —, siempre que tú, por supuesto, estés de acuerdo conmigo.

Dennis cogió las manos de la muchacha entre las suyas.

—¡Que si lo deseo! Y aún lo preguntas. Pero... ¿qué influencias son las tuyas que has logrado lo que parecía imposible?

—Dennis, Bellar era nuestro padre — dijo, señalando a Yawan que permanecía a su lado.

—¡Bellar... tu padre! Tú nunca dijiste nada sobre el particular.

—¿Qué falta hacía? En Elyan los hijos nos labramos nuestros propios

méritos, sin esperar a que los padres nos ayuden. Y el ser hija del presidente del Consejo de Once no implica preferencia de trato alguno.

—Sin embargo — murmuró pensativo mi amigo—, allí no queríais viajar por el espacio. ¿Por qué? Tú has venido a la Tierra.

—Era algo prohibido y creo que seguirá siéndolo durante algún tiempo. El Consejo temió siempre una regresión al estado primitivo si nos relacionábamos con otros pueblos del espacio, tal como sucedió cuando... cuando... ¡Oh, por favor no quisiera recordarlo nunca; fue tan horrible!

—Fuiste tú la que me salvó, ¿verdad?

Ella desvió la mirada, enrojeciendo.

Entonces Dennis dijo:

—Lo que yo encuentro milagroso o poco menos es que, habiendo casi seis, mil millones de personas en nuestro planeta, me hayas hallado tan pronto.

Shayra sonrió encantadoramente. Miró a Yawan y los dos se echaron a reír, provocando la turbación de mi amigo.

—¡Tonto! —dijo ella—. ¿Por qué crees que te di el medallón? Si lo conservabas, era que me seguías amando, a pesar de todo; y en tal caso, él me serviría para localizarte. Tú no lo sabes, pero dentro lleva una emisora de radio, muy pequeña pero potente, que emite ondas de una longitud infinitesimal, por medio de la cual ha sido sencillísimo conseguir hallarte. ¿Lo comprendes ahora? En tanto no consiguiese revocar la orden, tenía que fingir haber roto contigo para siempre.

—¡Oh! — exclamó Dennis, y lo único que supo hacer fue alargar los brazos y estrechar contra su cuerpo el de Shayra.

Y éste es el final de la historia. No hubo investigación, porque, naturalmente, el posible investigado no se presentó ante el tribunal. Partió para Júpiter casi inmediatamente y allí debe estar, gozando de una eterna felicidad junto a Shayra.

Quizá algún día los jupiterinos se decidan a salir de su mundo y entablar relaciones con el nuestro. Me gustaría que ocurriese lo más pronto posible; de esta manera no se consideraría el presente relato como una fantasía más, sino como algo verídico que sucedió una vez a setecientos ochenta millones de kilómetros de distancia.


FIN

—Mire el espejo negro — dijo el nombre de Manaos.

Paul tomó el pulido rectángulo y miró su oscura superficie.

Al instante, una expresión de incredulidad y asombro se reflejó en su cara.

—Pero ¿qué significa esto? ¡Dios mío! ¿Qué son estas imágenes? ¡Esto no es un espejo! ¡ESTO ES...!

El espejo negro

¡USTED TAMBIÉN SABRÁ EL ALUCINANTE MISTERIO QUE GUARDABA

El espejo negro

CUANDO LEA LA PRÓXIMA SEMANA LA FANTÁSTICA NOVELA QUE HA ESCRITO EL GENIAL *JOHNNY GARLAND!*



Escena de «Duelo en el Atlántico», película Cinemascope, 20th. Century Fox

Precio en España: 6.-ptas. En Argentina: 8 pesos

Notas

[←1]

Deliberadamente, he alterado los nombres auténticos que mi amigo Dennis citaba en su diario, con el fin de no causar perjuicios a las familias de los desdichados que, con su intemperancia, provocaron tan graves sucesos. Peterson y MacLaren son, pues, dos nombres ficticios que no corresponden a los de las personas que los llevan en la historia. (N. del A.)